

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 5 DE ABRIL DE 1915

Núm. 1.736

BARCELONA. - SALÓN PARÉS

En distintas ocasiones nos hemos ocupado en las obras de Juan Cardona, poniendo de manifiesto el acierto con que trata las figuras femeninas, a las que se dedica con predilección; el *Palco florido* que reproducimos adjunto es una nueva prueba de sus especiales aptitudes para el cultivo de este género. Los rostros de esas cinco jóvenes expresan admirablemente las sensaciones que en ellas producen los lances de la corrida que en el circo taurino se desarrolla

ante sus ojos y la atención con que presencian todos los pormenores de la lidia. Las mantillas con que van tocadas, los abanicos que agitan sus manos, las flores que llevan prendidas en sus pechos, y los mantones de Manila que cubren el antepecho del palco, constituyen otros tantos elementos decorativos dispuestos con gran habilidad, y son brillantes notas de color que contribuyen al pintoresco efecto del conjunto y hacen resaltar la belleza de las figuras.



PALCO FLORIDO

cuadro de Juan Cardona. (De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — Oro y plata, por Sebastián Gomila. — La tragedia del hombre bueno, por Amichatis. — La guerra europea. — Un homenaje al pueblo y al monarca belgas. El libro del Rey Alberto. — Madrid. Notas de actualidad. — Los riegos del Alto Aragón. — La roca del hombre muerto, novela escrita en inglés por Q, ilustraciones de Vicente Carreres. — Marruecos. La acción española en el Rif. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. — Palco florido, cuadro de Juan Cardona. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento La tragedia del hombre bueno. — Estatua de Liszt, modelada por H. Hahn. — La guerra europea. En la línea de fuego francesa. — En la lluvia de fuego alemana. — Destrozados causados por las bombas que dos Zeppelins han arrojado recientemente sobre París y sus alrededores. — En los Dardanelos. — En el teatro de la guerra del Oeste. — El rey Alberto de Bélgica. — Bélgica: 1914, dibujo de Bernardo Partridge. — En el campo del honor, dibujo de Chandler Christy. — El regimiento inglés de Manchester toma por asalto el pueblo de Givenchy, arrojando de él a los alemanes, dibujo de Matania. — Madrid. Notas de actualidad. — Inauguración de las obras para los riegos del Alto Aragón. — Marruecos. La acción española en el Rif (tres fotografías). — La guerra europea. Pontoneros ingleses construyendo un puente de troncos.

ORO Y PLATA

I

El cuartuco es humilde, pero aseado, con honores de patena.

Blanco mate los muros, blanco azulino el techo, blanco de nieve los cobertores de dos camas: una, frailería, a un lado; otra, pequeñurria, enfrente.

Al fondo un ventanal, de tosca falleba y maderamen con nudos, que permanece entornado a prevención, pues la mañana es abrilena, hermosa, y el sol, tempranero, está por lo visto deseando entrar, invadir la estancia.

No puede ser; es prematuro. Si en el lecho mayor fueron sacudidas ya las sábanas de puro lino, en la cama-cuna duerme todavía un ángel.

Los ángeles no son madrugadores. Y es que su sueño es un encanto.

Se apoya en la almohada una cabecita envuelta en hebras de oro, quieta, gentil, con una placidez de cielo.

De vez en cuando, por la ancha puerta lateral, otra cabeza asoma. Pero esta va encuadrada en una mata argentina, si no muy abundosa, al tono con la limpidez del conjunto...

El ángel duerme aún. Unos pies poco firmes se deslizan por la estancia, y unos dedos indecisos entornan más y más los postigos del ventanal, para que el solazo no irrumpa por las rendijas y venga a herir de sopetón dos ojitos azules donde parecen palpitar los besos...

Entre cama y ventanal, hay una cómoda añeja de caoba y cedro; encima de ella una Virgen del Carmen, una jarra de Talavera y dos candeleros de cobre.

Se apagó una lamparilla hace horas, y aun se nota el tufillo. Pero pronto va a trascender el olor a espliego, como todas las mañanas, alternando con el sutil perfume de camuesas al abrir los cajones de la cómoda para sacar la ropita del querube dormilón, por quien es el cuidado.

Un jilguero, en jaula diminuta al otro lado de pared, sospechó el albor matinal y dió como de costumbre el alerta a la anciana, a la sordina, con un piar suave, como sabiendo que ha de guardar para después los trinos...

A no cerrar herméticamente el ventanal, habrían producido sin duda el escándalo de notas, y entonces, truncado el sueño, la cabecita de marco de oro habría desentonado por completo.

El lento tic-tac de un reloj de caja va acompasando la monotonía ambiente...

II

Ahora sí que no cabe la prolongación del reposo: ocho campanadas sonoras, rítmicas, son muchas, dada la ocasión.

No extinguido aún el último eco, la cabecita se ha movido, el oro de su pelo se ha desparramado por la almohada, y las manitas asoman por encima del cobertor...

El jilguero lanza un pii... entre medroso y pícaro. Suena un bostezo infantil, y entonces se atreve ya el

animaluco y repite el piar, a modo de: ¡buenos días!..

Cuestión de segundos, y van ya acordes tres seres: la pequeña, la anciana y el pájaro.

Grita la primera, en un hilillo de voz cristalina:

— ¡Abuelita!.. ¿Estás?

Sí, está ya, más que oyéndola, presintiendo el despertar gozoso. Y responde, poniendo dulzuras en la voz y en el acento el alma:

— ¡Reina!..

El jilguero hace coro, y el concierto está armado.

Ahora sí que va el chorro de luz a bañar el cuarto. Pero no de golpe, sino con precaución.

El postigo da paso a un reguero de luz, lo suficiente para ver, y en la franja que viene a atravesar la habitación danzan los corpúsculos de la atmósfera formando caprichosas espirales...

El marco de oro y el marco de plata se han confundido: un beso largo, largo, uno al albor con el crepúsculo...

La abuela, tras de la efusión, recobrando el tierno imperio, dice:

— ¡A rezar!..

Y, de rodillas en la cama cuna, la mirada en lo alto, las manitas fervorosamente entrelazadas, musitan los labios infantiles, mientras canta el pájaro:

«Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad...

III

Una hora después, la plática es sabrosa.

Se han trocado los papeles: la niña acaricia a la anciana, desliza sus deditos por el niveo pelo, como alisándolo, y la abuela se deja hacer manteniendo al querube en su regazo.

El astro rey baña ahora completamente la estancia, y entran perfumes de nardos, rosas y claveles.

El pájaro hunde el pico en el bebedero, bañándose a placer, y sacude las alas...

— ¿Sabes, abuelita? Soñé esta noche con papá, que esté en Gloria.

— ¿Le soñaste?

— Y ayer con mamá... ¿Recuerdas?

— Sí, recuerdo que me lo dijiste.

— ¿Por qué soñamos, abuela?

— Porque... porque así vemos las almas de los difuntos.

— ¿Ves tú las de tus papás?

La anciana paga la triste donosura con un beso.

La niña prosigue:

— ¿Sabes por qué sueño con papá y mamá?.. Pues porque miro a las estrellas, como me dijiste; y hay dos que lucen mucho, mucho. Deben de ser papá y mamá. Pero... no están juntas, abuela, esas dos que digo; ¡y en el cielo hay tantas, tantas!.. ¿Quieres enseñarme los retratos?

Brinca el serafín, y la anciana se levanta. Abriendo el primer cajón de la vieja cómoda, saca dos fotografías.

Los ojitos azules adquieren un brillo particular, los de la abuela se nublan.

Momentos de quietud, y el lucero se fija.

— ¿Lloras, abuela?

— No.

— ¡Si te caen las lágrimas!

— De contento, porque eres buena.

— ¿No lo manda Dios?

— Sí, lo manda, reina.

— Pues yo quiero mucho a Dios Nuestro Señor... como a ti, abuelita.

Y los bracitos tornan a enlazar el cuello, y la boquita vuelve a besar la frente, y los labios chapurrean una petición:

— ¿Por qué no me cuentas lo de tierra de moros? Me lo prometiste, ¿no?

— Cuando seas mayorcita.

— ¡Si ya soy gande, abuela! ¿Ves? ¡Mira dónde llego!..

La actitud ha provocado una sonrisa.

La anciana parece decir:

«¡Qué empeño el de la infancia en perder el mayor encanto!..»

Aquella rapacilla de poco más de un lustro se empinaba sobre las puntas de sus pies y procuraba erguir todo su cuerpo.

Así volvió a alcanzar los retratos, que contempló otra vez como intriga.

— Papaito era rubio como yo, ¿verdad, abuela?..

— Sí, ya te lo dije.

— Bueno, pero me has de decir...

— ¿Cómo le perdiste?

— Lo de tierra de moros... lo que adolorió a mamá, y nos dejó solitas a ti y a mí...

— ¿Ves cómo te entristeces? Eso es lo que yo no quiero.

— Rezaré una salve, y me alegrará la Virgen Santísima...

Se percibe un susurro en la quietud del cuarto, y al fin incita el capullo:

— ¡Anda, ya puedes!..

Los instantes adquieren solemnidad.

Las miradas se cruzan. En los ojitos azules hay insistencias que toman tonos de mandato, y es una tiranía ante la cual se sometió siempre la anciana...

IV

— Pues... por tierra de moros, donde no se ama a Jesús Nuestro Señor, se andaba en guerra. Su rey no podía ver a nuestro rey...

— Y papá era soldado...

— Capitán, mi vida, eso ya lo sabes. El Dios de la misericordia cedió su vez al Dios de las batallas, y a tu papá le tocó en suerte el ir a guerrear contra los infieles.

— ¿Los moros?

— Los que no aman a Dios Nuestro Señor.

— ¡Parece mentira abuela! ¿Tan malos?

— Fieros, indómitos, verdaderas bestias salvajes...

Ya ves: no aman al buen Jesús...

La niña es toda oídos, la anciana toda emoción. Y prosigue el relato breve:

— Por tierra de moros corría mucha sangre...

— ¡Jesús!..

— Por tierra de moros se mataban los hombres...

— ¡Ay, abuelita!.. ¿Y los moros nos robaron a papá?..

— ¡Murió como un valiente, reina mía, murió como un valiente!..

— ¿Qué es un valiente?

— Que... que sabe amar a Dios y pelear con los hombres.

— ¿Los moros, son hombres?

— Son... lo que te dije: verdaderos leones del desierto. Y un día... un día estabas tú brincando encima de esta misma falda — eras muy pequeñita aún —, cuando llegó el mensaje triste...; te habías quedado sin padre, reina; papaito estaba en el cielo...

— ¿Por los moros?

La anciana tarda en responder. Mira fijamente a la rapaza y dice entre jovial y fúnebre:

— Porque fué eso, un valiente.

— ¿Y mamá?

— Tu mamá, como yo, se puso muy triste, cada día más triste...

— Lo recuerdo, no hacía más que llorar... Y nos dejó también, abuela...

— Sí, nos dejó también, almita...

— Y ahora...

— No preguntes eso. Di: ¿y mañana? Porque yo voy siendo vieja, mi vida, y si...

El torso estremecióse como al impulso de un presentimiento de tonalidades lóbregas.

Pero duró un segundo, porque intervino la voluntad con la potencia de la ternura, y porque la charla infantil, ahogando providencialmente el asomo de desventura, fué pintoresca, de un colorido indescriptible.

Todo se reducía a que el querube pasaría a ser mujer; el capullo, lozana flor...

Y entonces se invertirían los términos: abuelita sería la mimada, abuelita el adorno de la casa, el ídolo, el todo...

Desvaneciéndose la sombra de temor al soplo de una brisa fresca; desaparecieron los oscuros tonos con las pinturas brillantes de la ternura infantil; volvieron las sonrisas y el brillo en las miradas; reanudóse el concierto de besos casi escandaloso...

Todo anegado en luz: el firmamento, la extensión, la estancia. Todo primaveral y risueño, entonando el idilio.

El solazo invadía la atmósfera y las almas; la brisa seguía aportando aromas; el jilguero no paraba de cantar; la Vida en pleno parecía probar su inmutable ley con aquel albor y aquel ocaso, aquel marco de oro y aquel marco de plata cuyos corazones latían al unísono...

SEBASTIÁN GOMILA.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA TRAGEDIA DEL HOMBRE BUENO. POR AMICHATIS, dibujo de Mas y Fondevila



El abuelo se acerca, trae en la mano un sobre...

En el rostro de todos los hombres buenos hay una arruga señaladora de dolor. Es una arruga que se marca profunda, acusadora, cuando los hombres buenos están en reposo, sentados en una butaca, frente al ventanal por donde entra el último destello de la tarde. Es esa arruga que se marca cuando los hombres buenos pasean por los caminos solitarios; esos caminos que hay en las afueras de las ciudades, que a veces llevan hasta el quieto cementerio, a veces a un merendero alegre, a veces a un monasterio de evocación y de penitencia. Es esa arruga que se adueña del rostro de los hombres buenos cuando, pasado el fuego de la juventud, pla-

tean sus sienes, encorvan la espalda y ocupa su memoria el recuerdo de un amor.

Esta historia, a la manera de una historia ejemplar, relata la tragedia de un hombre bueno - la tragedia sufrida en la juventud - que hoy es nuestro amigo, y nos consuela y nos anima y nos dice que también son un goce los dolores; que al evocar las pasadas tristezas se siente el consuelo de una dulce melancolía, como al evocar la enfermedad cuando ya impera la gloriosa convalecencia.

... Y empieza la historia.

Es buen mozo, tiene moreno el rostro, lleva lar-

go el cabello a la manera de un romántico. Dicen unos que parece un violinista, dicen otros que parece un actor. Es tristón, siempre anda cabizbajo. Alguien asegura que piensa demasiado y por ello anda triste. Alguien dice que está enamorado. Tiene veinte años...

Este hombre que tiene veinte años y anda meditativo, y se parece a un violinista y a un actor, lee mucho, lee constantemente y escribe. La fortuna le llevó por la senda de la publicidad y le armó caballero del periodismo. Escribe crónicas galanas, a veces ácidas, a veces sentimentales, que firma con un nombre de novela: Oscar.

Oscar vive lejos de la ciudad. Es en una casa antigua, edificada para convento, donde se refugia con su padre enfermo, su madre cariñosa. La casa es el más perfecto refugio para un romántico. Está aislada en la falda del monte vecino a la urbe; tiene un jardín que muere abandonado, y en el jardín ponen una nota triste, severa y melancólica, tres cipreses que rezan rumorosos cuando brilla la luna y sopla la brisa.

Tienen razón los amigos de Oscar. El periodista está enamorado. Está enamorado locamente, novelescamente, como sólo pueden enamorarse los que miran demasiado a la luna y la adoptan como madre de todas sus quimeras.

No sabe Oscar cómo nació este amor. Los amores únicos no nacen en nuestro corazón, siempre han vivido con nosotros, siempre han sido la estrella de nuestro camino, el fantasma de nuestro sueño y el ánimo de nuestra vigilia. Los amores únicos están en el corazón esperando la mirada de unos ojos milagrosos que hagan florecer la divina sensación...

Los ojos que hicieron florecer la divina sensación en el pecho de Oscar fueron unos ojos azules, claros y purísimos.

Oscar no creía en las nobles pasiones. El mundo, a través del velo de su literatura, era un panorama de luchas y desencantos. Su espíritu - espíritu enfermo por el mal del siglo - era pesimista, pesimista... Pero Oscar tenía veinte años y, en tal edad, siempre responde el pecho a la graciosa mirada de unos ojos azules y bondadosos.

Fué en el teatro, entre la baraúnda de ruidos, entre la ofuscación de luces. Ella, en un palco, conversaba con el abuelito sonriente y protector. Su carita infantil, con el casco de oro de su cabello, destacaba sobre el rojo tapiz del fondo. Tenía el encanto de un paje o de una princesita.

Oscar miró a la damita rubia, la damita rubia miró a Oscar y el madrigal floreció...

Fué primero una persecución tras la adorada, fué después un paseo temeroso bajo los balcones, fué después la casual aproximación...

Y nació la amistad siempre bajo la mirada del amable y bondadoso abuelito que reía, reía...

Hablaban de futesas, de flores, de pájaros, de trajes, de la luna. Nunca hicieron confesión de lo que en su pecho sentían. Se miraban, encontrábase los ojos azules fijos en los ojos oscuros, encontrábase los ojos oscuros fijos en los ojos azules; pero los labios callaban y los corazones latían.

Así hablaban los dos enamorados:

- Le guardo esta flor, Oscar.

Y la Soñada - así llamaba Oscar a la damita rubia - , mostraba un tiesto del balcón.

- ¡Gracias!, contestaba Oscar.

- ¿Le agrada Fausto?, preguntaba ella.

Y Oscar contestaba con una bagatela. Y seguían hablando y seguían riendo, y, a veces, quedaban largo rato meditativos y silenciosos, hasta que se encontraban sus miradas y entonces enrojecían sus mejillas.

Pasan los días, pasan los meses. Los amigos de Oscar notan en él una alegría extraordinaria. Todos le preguntan:

- ¿Has vendido una novela?

- ¿Vas a estrenar tu drama?

- ¿Heredaste de lejano pariente?

Pero Oscar calla y sonríe al cielo que le parece más azul que nunca, al mar que le parece más inmenso, a los pájaros que tienen trinos desconocidos, a las flores que despiden aromas de ensueño.

Oscar no puede callar su felicidad. Él tiene un amigo. Es un viejo escritor de altiva frente, de ojos profundos y pensadores. Oscar habla con el amigo viejo que conoce, por haberlas sufrido, todas las amarguras de la vida, y, por haberlos visto en los demás, todos los placeres. Oscar confiesa sus amores. Ha buscado el momento propicio. Con el viejo amigo va en paseo hacia el mar. Llegan a la orilla, entran en la playa; en el cercano puerto gimen las grúas, estalla horrisono el sonar de sirenas... Sale un barco que deja una estela de espuma y una nube

de humo; a lo lejos bailotean las barcas de pesca y sus velas blancas se agitan como alas de blancas gaviotas.

Oscar, con la contera de su bastón, escribe un nombre en la arena. El amigo viejo sonríe. Una ola



Estatua de Liszt, modelada por H. Hahn que figura en el monumento erigido al famoso compositor en Weimar

espumosa, blanca, avanza y borra el nombre con un aluvión de arenilla de oro. Oscar muestra su desencanto. El viejo amigo apoya su diestra en el hombro de Oscar y dice:

- Leo en tu corazón como en un libro abierto. Sé por qué me has traído a estos lugares. Tienes alma de artista y has querido un buen escenario para tu confesión... ¡Pobre Oscar!.. Estás enamorado.

Oscar, temeroso, interrumpe:

- ¡Yo!

El viejo amigo continúa paternal y bondadoso:

- ¡Pobre Oscar!.. Has caído en el lazo como caemos todos los que tenemos corazón... Ella debe de ser casta, hermosa y buena como una heroína de novela sentimental... De fijo que ni paraste atención en si tenía dinero...

El joven amator exclama:

- ¡Nada tiene!..

Y el viejo prosigue con amargura:

- ¡Pobre Oscar!.. Arranca ese amor de tu corazón... Te olvidaste de quién eres, te olvidaste de lo que eres, te olvidaste de que, para ti, están cerradas las cajas de caudales... Oscar amigo; tú, como todos los que cantamos un ideal, somos los «hombres rui-

señor», deberíamos ser ciegos para mejor cantar. Paga la gente nuestros trinos; si lloramos, lloran; si reimos, ríen también; pero no quieren saber ni la verdad de nuestras miserias ni la de nuestras felicidades... ¡Por eso nos pagan con alpiste, amigo Oscar!.. El mundo, inconscientemente, nos pone más cerca del dolor que del placer. Así, cuando de llanto hablamos, hacemos sentir con más intensidad a los que no sueñan para que trabajen y del mal se alejen. Así, cuando hablamos de felicidades que no gozamos, ponemos acentos de ensueño, de ideal, y los que leen lo ansian más... Ni tú ni yo tenemos derecho a ser felices; arranca ese amor, arranca ese amor...

Oscar, pesaroso, calla. El viejo prosigue:

- Mirate en mi espejo, en el de tantos compañeros... Ganamos poco, nada. Lo suficiente para comprar libracos. ¡Somos sacerdotes los que escribimos! ¡Somos sacerdotes los que pasamos la vida llevando en la frente la luz de un ideal!.. Es doloroso cuanto digo, pero es cierto. Mira a los compañeros que realizaron su sueño de amor. Uno abandonó la pluma para encerrarse en un despacho, otro fundó una fábrica, aquél perdió su honor en los difíciles vericuetos de la política... ¿Quieres imitarlos? ¿Quieres abandonar el camino de luz?

Oscar, soñador, interrumpe:

- ¡Oh!.. Trabajaré, trabajaré; llegaré a imponerme, a mandar...

Y el viejo arguye:

- ... cuando tengas plata en la frente y sin fuerzas el corazón. Entonces, los que te han alimentado con alpiste, te ofrecerán una jaula de oro... ¡Arranca ese amor!.. ¡Arranca ese amor!..

Tras la lejana montaña muere el sol. Los dos amigos dan la espalda a la playa y vuelven a la ciudad. En la arena no queda el rastro ni de una letra del nombre que escribió el amator.

La niña blanca, de los ojos azules y el cabello rubio riega las flores. Cae la tarde, cantan los pájaros enjaulados; por la calle pasa la muchedumbre que regresa de la diaria labor. La niña, gentil como un paje o como una princesita, abandona las flores, se asoma al balcón. La niña rubia, blanca, dorada, espera y no espera nada. Aguarda la sorpresa que siempre está en la loquilla cabeza de las buenas vírgenes, esa sorpresa que es el primer pensamiento de la mañana y el último pensamiento de la noche.

La niña oye que han llamado; escucha curiosa. El abuelo se acerca, trae en la mano un sobre, es para la nena, para la luz de sus ojos cansados, para la chiquilla consuelo de su vejez.

- ¡Carta!.. ¡Carta!, dice la mujercita.

Y abre la carta, y sus mejillas palidecen, y brota de sus labios un suspiro, y llora, llora. El abuelito se asusta...

- ¿Qué es eso?.. ¿Qué es eso, nena?

Y la nena le da la carta.

- ¡Como todos!.. ¡Como todos los hombres!, la nena dice. Se va después de encender en mí la ilusión... Dice que teme a lo que ha de venir, a los azares de la vida... me deja por miedo, por cobarde, se queja de falta de tesoros, y tenía mi corazón...

Y la nena llora, y llora, y llora. Y la nena rubia maldice al hombre ruiseñor.

Han pasado años, años y años. Esta historia, que es cruel como todas las historias que no mienten, es un episodio de la vida de este hombre bueno que ahora es amigo de jóvenes y repite las palabras de aquel viejo amable y bondadoso que le aconsejó frente al mar, mientras las olas borran el nombre adorado con el aluvión de oro de las arenas. Los años han pasado; pero, menos potentes que las olas, no han borrado el nombre de su corazón. Por eso, este hombre que es bueno, que ya tiene plata en las sienes, va a pasear por los caminos solitarios y reposa frente a los ventanales por donde entra el último fulgor del día, y muestra en la frente una arruga de dolor.

Y así termina esta historia ejemplar, lectorcitas de cabellera rubia y ojos azules. No todos los hombres son iguales, a veces la tragedia silenciosa guía los pasos de los hombres de buen corazón y les pone una señal de crueldad.



La guerra europea. En la línea de fuego francesa. - Puesto avanzado con su choza construída con ramajes y sus trincheras en medio de un bosque. (Fot. de Argus.)



La guerra europea. En la línea de fuego alemana. - Zapadores alemanes en una cómoda cabafia construída en un bosque de Francia. (De fotografía de Grohs.)



Destrozos causados por las bombas que dos Zeppelins han arrojado recientemente sobre París y sus alrededores. — Aspecto de una casa de Levallois-Perret después del bombardeo.

LA GUERRA EUROPEA

Los belgas siguen progresando en la orilla derecha del río Iser y han tomado una trinchera en la orilla izquierda. Los franceses, en la región de Arrás, han tomado una trinchera y han rechazado los ataques de los alemanes contra el espolón de Nuestra Señora de Loreto; en la región de Eparges, después de haber rechazado varios ataques de los alemanes, han realizado algunos avances conquistando 150 metros de trincheras, que en vano han tratado de recuperar aquéllos: en los altos del Mosa han tomado 300 metros de trincheras, si bien luego han perdido una parte de éstas; en la Champaña, han rechazado numerosos ataques, especialmente uno dirigido contra un fortín de Beausejour; en el Argona han fracasado los contraataques del enemigo que intentaba recuperar el terreno perdido; y en los Vosgos, después de haber ocupado un blocao y varias líneas de trincheras, se han apoderado de la cúspide del monte de Hartmannsweiler Kopf, lo que constituye un buen punto de apoyo para la continuación de las operaciones en Alsacia. Seis aviadores franceses han bombardeado los cobertizos de dirigibles que los alemanes poseen en Frescati, en las inmediaciones de Metz, y la estación de esta última ciudad, habiendo causado en unos y en otra considerables daños.

Otro aeroplano francés ha arrojado varias bombas sobre un cobertizo de zeppelins situado en Berchem-Sainte-Athe, cerca de Bruselas, destruyéndolo. Varios aviadores ingleses han bombardeado también la estación de submarinos alemanes de Harbuden, habiendo destruído, según parece, uno de aquellos buques.

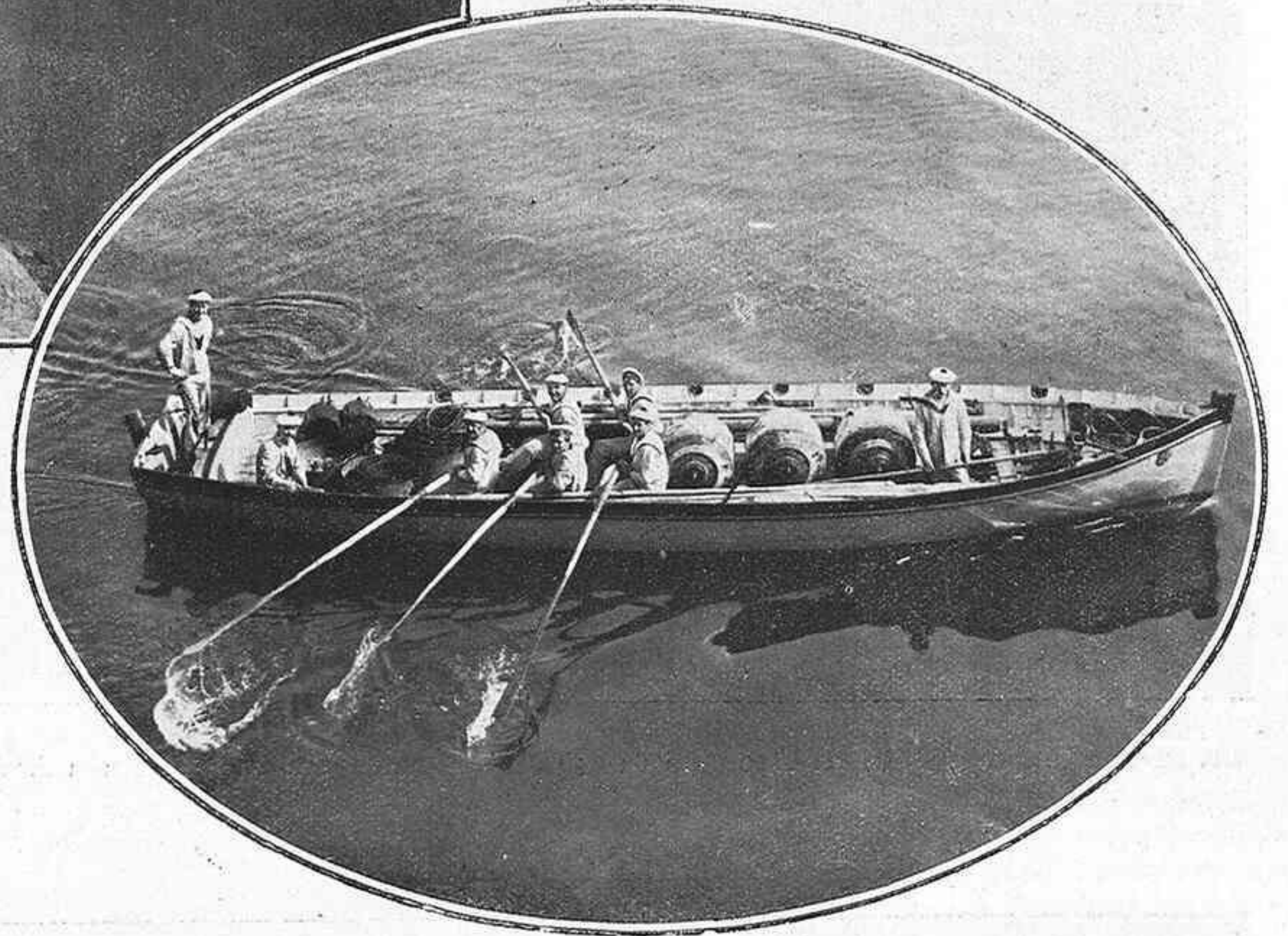
Hasta aquí las noticias oficiales de los aliados. Veamos ahora las procedentes del cuartel general alemán.

Según ellas, los alemanes han rechazado, en distintas ocasiones, los ataques de los franceses en Arrás, en la Champaña, en Badonviller, en el Sudeste de Verdún, en los altos del Mosa, en Apremont y en Reichacker Köpf, y aunque reconocen haber perdido la cumbre de Hartmannsweiler Kopf, afirman conservar parte de la posición. El comandante general von Kluck ha sido ligeramente herido por un *shrapnell* mientras inspeccionaba las posiciones avanzadas de su ejército.

Una nota oficial del ministerio de la Guerra francés da algunos interesantes

pormenores sobre la guerra de zapa que se está desarrollando en el Argona. Esta región accidentada está llena de trincheras francesas y alemanas tan próximas unas a otras que la lucha se sostiene a veces con granadas de mano. Para dar una idea de la actividad de los zapadores bastará decir que 7.000 kilogramos de explosivos han hecho estallar 52 cargas en 3.000 metros de galerías.

En el teatro de la guerra oriental y en la parte Norte, los alemanes, después de haber recobrado Mémel, se han apoderado del pueblo de Verottingen y de la ciudad de Taurogen y han rechazado los ataques de los rusos al Este y Sudeste de Augustow, así como los intentados en el ferrocarril de Wirballen a Kowno y en Praszysz. Pero estas operaciones lo mismo que las acaecidas en Polonia tienen muy escasa importancia comparadas con las que se efectúan en los Cárpatos, en donde los rusos van acumulando las tropas que tenían ocupadas en el sitio de Przemysl y que, después de la rendición de esta plaza, han podido dedicar a reforzar los ejércitos que desde hace tiempo luchan



En los Dardanelos. — Marineros franceses recogiendo minas en el estrecho

por salvar el obstáculo que aquella cordillera opone a su avance sobre Hungría. Los austriacos dicen que han rechazado todos los ataques de los rusos en aquellos montes, especialmente los dirigidos contra el desfiladero de Uszok, y que en la Bukovina han obligado a los moscovitas a retirarse al Noroeste de Czernowitz y se han apoderado de algunas poblaciones. Los rusos, a su vez, dicen que

han emprendido una vigorosa ofensiva y que han realizado considerables progresos en dirección a Bartfeld, habiendo tomado al asalto una línea de alturas en un frente de 35 verstas.

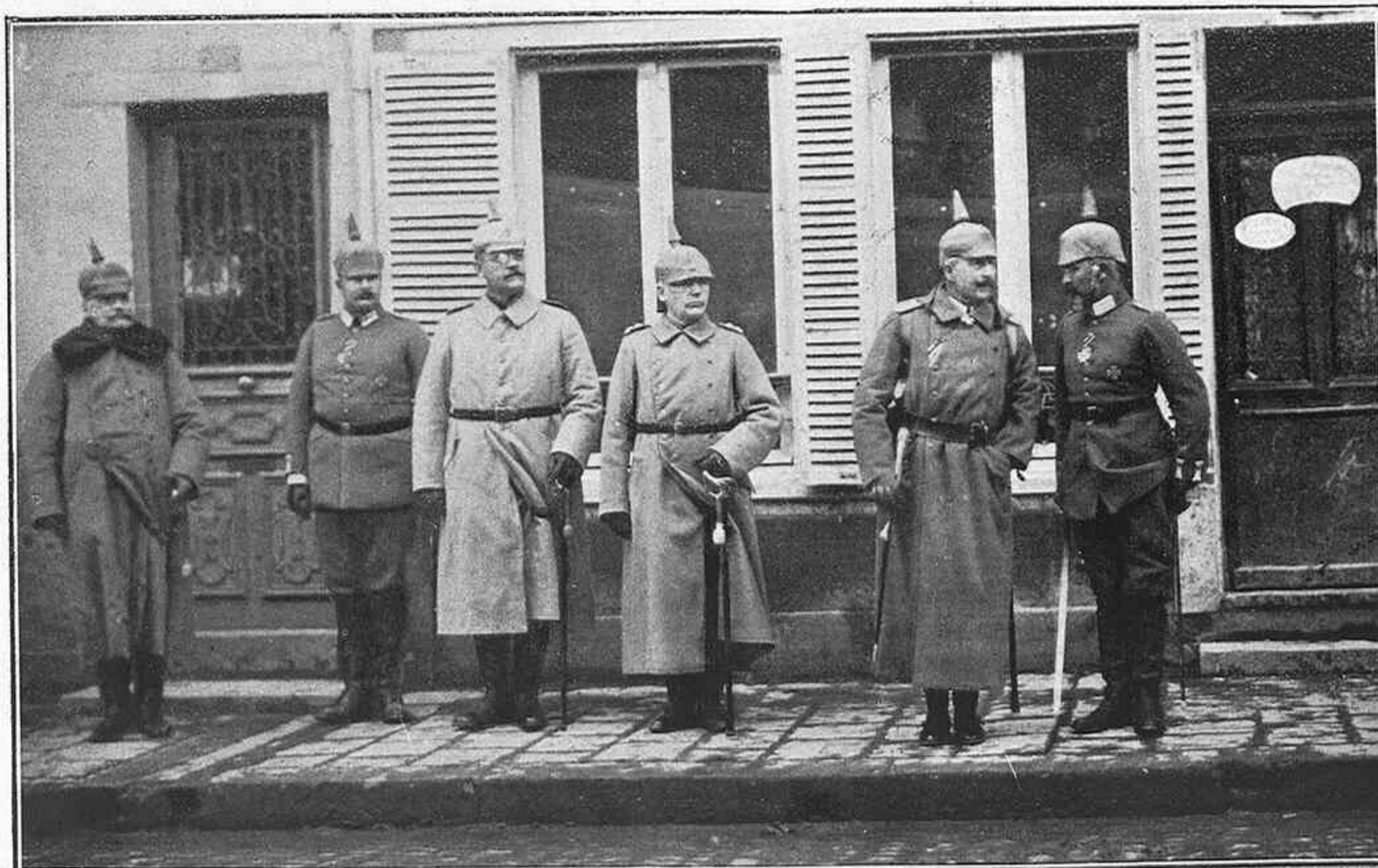
En el Cáucaso, después de un combate de dos días en Zeidekián, los turcos han sido rechazados hacia Deyar, dejando en poder de los rusos numerosos prisioneros y gran cantidad de municiones.

La flota rusa del Mar Negro ha bombardeado los fuertes exteriores y las baterías del Bósforo; los torpederos turcos intentaron una salida, pero tuvieron que retirarse ante la violencia del fuego enemigo.

Las operaciones de los Dardanelos hallanse suspendidas, pero anunciase para en breve un ataque decisivo

que se emprenderá así que lleguen allí los acorazados ingleses que van a reforzar la escuadra aliada. Dícese que el Consejo de almirantes ha resuelto forzar el paso, cueste lo que cueste.

(Fotografías de Chusseau-Flaviens, Branger y Haeckel.)



En el teatro de la guerra del Oeste. — El emperador Guillermo II en la plaza del Mercado de Vauquois esperando el desfile de las tropas. De derecha a izquierda: el mayor von Bismarck, el emperador, un oficial superior, el general von Einem, el príncipe Eitel Federico, hijo segundo del emperador, y el general von Lindequist.

EL LIBRO DEL REY ALBERTO

UN HOMENAJE AL MONARCA Y AL PUEBLO BELGAS



El rey Alberto de Bélgica

Con el título de LIBRO DEL REY ALBERTO han publicado recientemente los diarios ingleses *The Daily Telegraph*, *The Daily Sketch* y *The Glasgow Herald* un hermoso volumen que constituye un bellísimo e interesante homenaje al monarca y al pueblo belgas.

En la introducción que encabeza los trabajos en el libro contenidos se explica cuál es el objeto inmediato que se han propuesto los organizadores de su publicación: «Ofrecer, con los nombres y por las plumas de un grupo de hombres y mujeres representantes de los países civilizados, un tributo de admiración a Bélgica por la heroica y eternamente memorable parte que ha tomado en la guerra que actualmente agita a Europa, y al mismo tiempo invocar las simpatías, la ayuda y las oraciones de todo el mundo para la nación pequeña y caballerisca, en la inmensa aflicción en que se halla actualmente sumida.»

Después de describir los horrores que sobre Bélgica se han desencadenado por haberse opuesto con todas sus fuerzas, en defensa de su honor y de su palabra, a la incalificable agresión consumada contra ella y a despecho de todos los tratados por Alemania, se añade en la mencionada introducción:

«Este libro se publica como la voz unánime de la gratitud de todo el mundo hacia Bélgica, por su heroísmo sin ejemplo, y como la expresión de la simpatía mundial por el costoso precio que ha pagado al cumplir el sublime deber que le impuso el destino de pelear a nuestro lado por la libertad de todos. Se ha querido especialmente dedicar este libro al Rey de los belgas, porque éste, desde su primer llamamiento a la Gran Bretaña y a



En el campo del honor, dibujo de Chandler Christy

Francia para que le ayudasen a resistir la gigantesca y formidable ambición que se preparaba a lanzarse sobre su país, hasta los últimos combates de su intrépida resistencia tras las fortificaciones de Amberes, por su indomable valor en el Consejo y en el campo de batalla, en donde ha hecho causa común con sus soldados en las trincheras, ha desplegado las más nobles energías del humano carácter y sustentado las más altas tradiciones de realeza que, en las naciones libres, unen los pueblos al trono.»

Y más adelante, luego de haber explicado la alta significación de los trabajos que en el libro figuran, dice:

«Quizás nunca antes de ahora se hayan escrito en un solo volumen tantos nombres ilustres; pero EL LIBRO DEL REY ALBERTO tiene una importancia que aun sobrepasa su distinción. De entre el fragor de los combates ha nacido para el mundo un nuevo espíritu de confraternidad que junta las esparcidas y diversas partes, uniéndolas en una sola mente, en un solo sentimiento, en un solo propósito: en el amor de la justicia y el odio de la opresión; que habla en muchas lenguas, pero con una sola alma, espíritu que abraza a la tierra como con un fuego sagrado y a cuyo influjo los hombres y las mujeres de todos los pueblos civilizados se han estrechado las manos para un fin común.»

Doscientos treinta y seis nombres contiene la lista de los que en el libro han colaborado, y en ella se leen los de los más ilustres políticos, hombres de ciencia, literatos, poetas, artistas y compositores de los más diversos países que han tenido a honor contribuir a ese homenaje, aportando cada cual un fruto escogido de su ingenio. Pensamientos, narraciones, poesías, dibujos, pinturas, composiciones musicales, de todo hay en ese hermoso volumen que encabeza el retrato del Rey Alberto, que reproducimos en esta página junto con dos dibujos que también figuran en el libro. Puede, pues, afirmarse con toda seguridad que si elevado y noble es el propósito que ha guiado a los iniciadores del LIBRO DEL REY ALBERTO, la realización del mismo ha correspondido con creces al fin deseado, pues el volumen, así por su contenido de valor inapreciable como por su presentación verdaderamente magnífica, constituye una obra única en su género, que ha de ser muy solicitada no sólo por todos aquellos que deseen asociarse al homenaje que representa, sino también por los amantes de las letras y de las artes, y por los bibliófilos.

El LIBRO DEL REY ALBERTO forma un tomo de 188 páginas con numerosos grabados en negro y en colores, ha sido editado en Londres por los Sres. Hodder y Stoughton y se vende al precio de 3 chelines a beneficio de la fundación creada por el *Daily Telegraph* en pro de los belgas.



Bélgica: 1914, dibujo de Bernardo Partridge



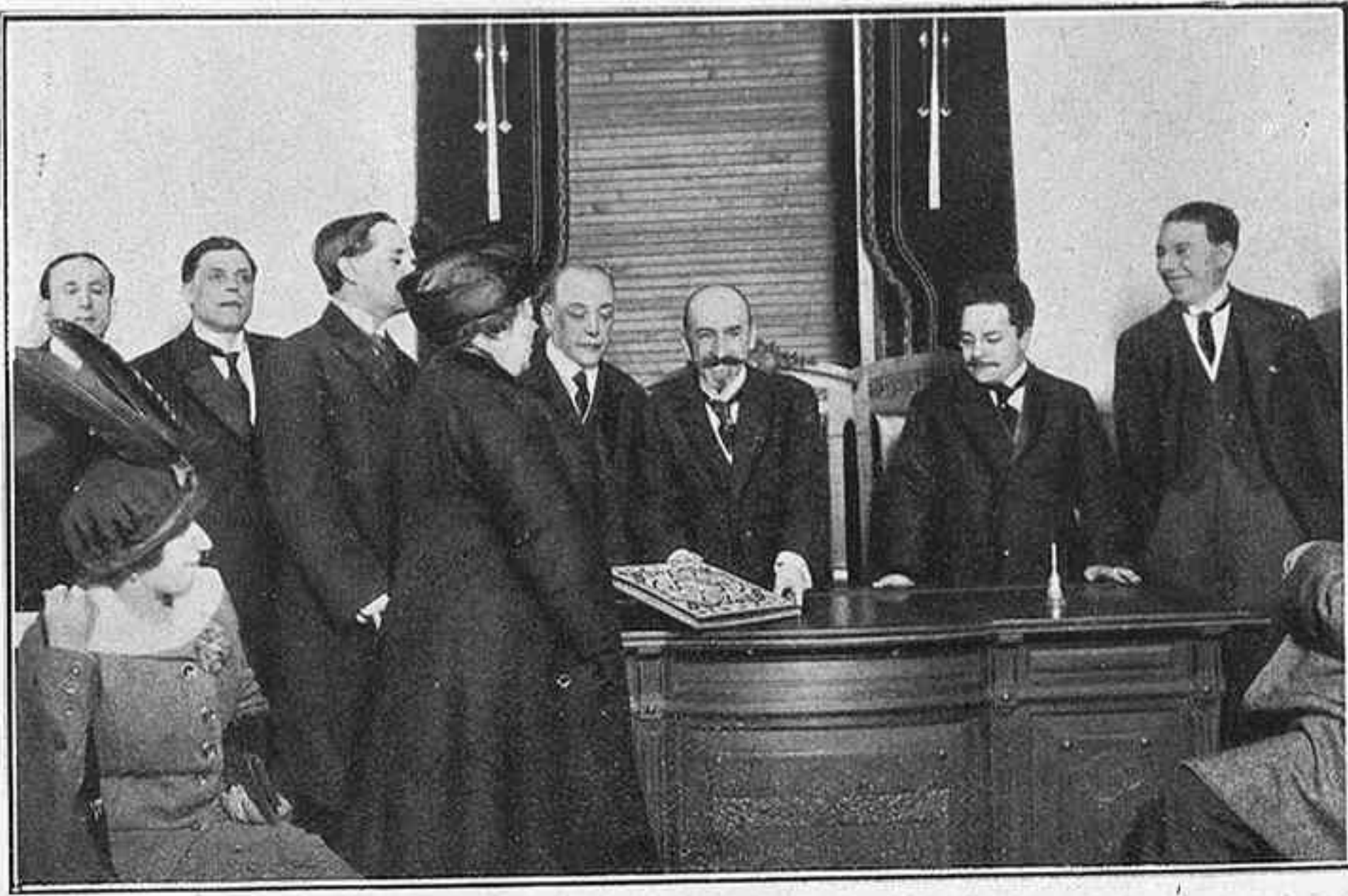
Últimos esfuerzos de los alemanes para resistir el ataque de los ingleses, quienes al fin consiguieron arrojarlos de la población. (Dibujo de Matania ajustado a la descripción hecha por un oficial que tomó parte en el combate. - Reproducción autorizada.)

A fines de diciembre, el regimiento de Mánchester obtuvo un señalado triunfo en el pueblecillo de Givenchy, cerca de La Bassée, tomándolo a los alemanes, los cuales habían dispuesto defensas en las casas y jardines del pueblo, por lo cual los soldados de Mánchester hubieron de tomar una a una las casas. Tras enconada lucha los alemanes fueron rechazados y huyeron campo a través, no sin que muchos soldados ingleses quedasen muertos entre las ruinas de lo que poco antes habían sido hogares.

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

La Asociación de Actores, deseando tributar un homenaje de admiración a los excelsos méritos del ilustre dramaturgo D. Jacinto Benavente, acordó abrir una suscripción entre todos los actores de España para regalarle un ejemplar único de la más celebrada de sus obras, *Los intereses creados*.

De realizar el proyecto encargóse el notable artista D. Gabriel Ochoa, quien ha he-



Madrid. En la Asociación de Actores. - Acto solemne de entregar al ilustre dramaturgo D. Jacinto Benavente un ejemplar de su preciosa comedia *Los intereses creados*, dibujado sobre pergamino por el celebrado artista Sr. Ochoa, que le regalan los actores españoles.

cho una labor verdaderamente primorosa, según puede apreciarse por el grabado adjunto. La aplaudida comedia ha sido copiada en forma de antiguo códice en pulcros caracteres góticos con bellísimas iniciales y preciosas ilustraciones, presentando un conjunto admirable así por la fidelidad histórica como por el buen gusto de que el pintor ha dado prueba. Cada página de este hermoso libro es un trabajo artístico perfecto, y todas juntas constituyen una obra de arte digna del distinguido miniaturista que la ha ejecutado y del escritor eminente a quien ha sido ofrecida.

La entrega del libro efectuóse hace pocos días en el Círculo de la Asociación de Actores, en cuyo salón habíanse congregado más de doscientos actores y gran número de actrices y además un público tan escogido como numeroso.

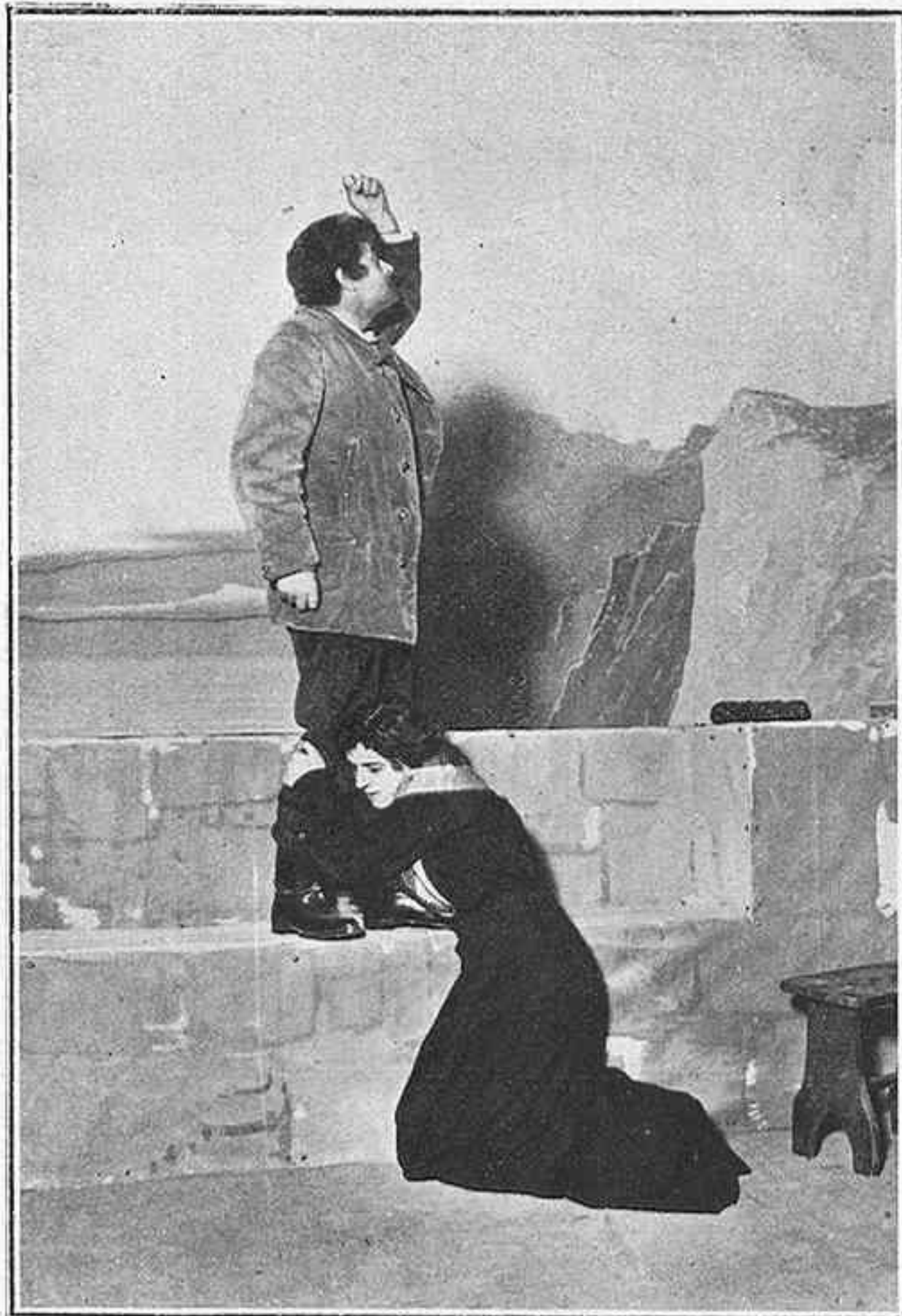
Ocupó la presidencia el homenajeado, quien tenía a su derecha al Sr. Cirera y a su izquierda al Sr. Linares Becerra.

El Sr. Cirera, en nombre de la Junta Directiva de la Asociación, leyó un sentido discurso ofreciendo el homenaje al maestro insigne de nuestra dramática contemporánea, y el Sr. Benavente contestó con otro elocuentísimo agradeciendo el obsequio que

le tributaban y diciendo que se mostraba orgulloso de compartirlo con ellos ya que ellos fueron los intérpretes de los personajes por él creados.

Después de leídas varias adhesiones, la eminente actriz Leocadia Alba, visiblemente emocionada, hizo entrega al Sr. Benavente del ejemplar de *Los intereses creados*, entre los entusiastas aplausos de la concurrencia.

En el Teatro Español se ha estrenado con buen éxito el drama en tres actos *Los naufragos*, escrito en catalán por Santiago Rusiñol y tra-



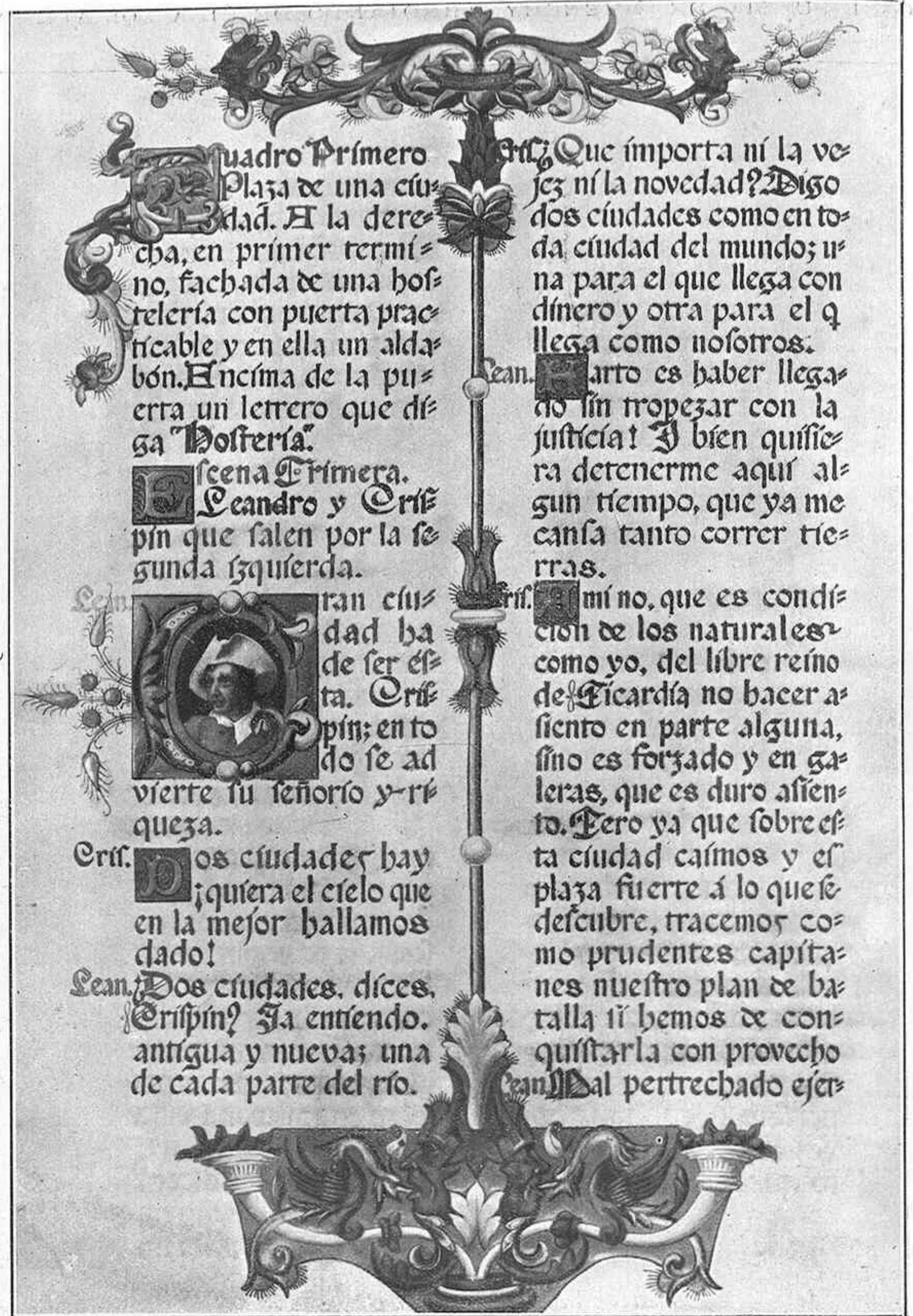
Madrid. - Una escena de *Los naufragos*, drama en tres actos de Santiago Rusiñol, estrenado con buen éxito en el Teatro Español.

ducido al castellano por el Sr. Martínez Sierra. La acción de la obra se desarrolla en un faro en donde viven dos matrimonios y un hombre que ha envejecido en aquellas soledades. La llegada de un naufrago, Valentín, interrumpe la monotonía de aquella existencia; Irene, la esposa del torrero Daniel, se enamora de él, y, al percatarse de ello, el marido obliga al intruso a marcharse, pero Irene huye con Valentín. En el último acto, Irene, arrepentida, vuelve al lado de Daniel, que la perdona.

En la ejecución de la obra se distinguieron la Srta. Navarro y Enrique Borrás, acertadamente secundados por la señorita Quijada y por los Sres. Muñoz, Ramírez, Viñas y González.

LOS RIEGOS DEL ALTO ARAGÓN

Con gran solemnidad se efectuó el 29 del pasado marzo la inauguración de las obras de los riegos del Alto Aragón, con asistencia del ministro de Fomento Sr. Ugarte, el director general de Obras Públicas Sr. Calderón, varios representantes en Cortes de la región aragonesa y las autoridades de Zaragoza y Huesca.



Reproducción reducida de una página del ejemplar de *Los intereses creados*, obra del artista Sr. Ochoa, que los actores españoles han regalado a D. Jacinto Benavente

El ministro, que desde su llegada a Zaragoza y en todas las poblaciones por donde pasó fué objeto de grandes ovaciones, trasladóse con la comitiva oficial al lugar del término de Almuédvar en donde las obras debían inaugurarse y en el que se habían reunido los vecindarios de todas las poblaciones cercanas. Después de un breve discurso del alcalde de Almuédvar dando la bienvenida al Sr. Ugarte y expresando la gratitud de toda la comarca al Rey y al Gobierno, discurso al que contestó el ministro saludando al pueblo, al Ayuntamiento y al alcalde, el arzobispo de Zaragoza Sr. Soldevila procedió a bendecir las tierras. Después pronunciaron elocuentes discursos el prelado y el Sr. Escner, explicando la inmensa importancia de las obras que se inauguraban, y el ministro expresando su satisfacción por poder asistir a aquel acto y diciendo que el Gobierno había cooperado con entusiasmo a la realización de los deseos del Rey, amparador del Canal.



Inauguración de las obras para los riegos del Alto Aragón. Vecinos de Tardienta, Almuédvar y otras poblaciones ovacionando al Ministro de Fomento. (Fots. de J. Vidal.)

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES



... y se lo comió con la voracidad de un lobo sin dejar de mirarme fijamente

I

EL TESTAMENTO DE AMÓS TRENOWETH

Si algún mérito tiene esta historia a los ojos del mundo, no se ha de buscar seguramente en las galas del estilo ni en lo ingenioso de la trama: es una sencilla narración, verdadera en el fondo, escrita sin

pretensiones, y en la que no faltan incidentes en alto grado dramáticos. Aunque no sea muy erudito, recuerdo muchas obras que tienen gran mérito por los oportunos y atinados comentarios con que sus autores las ilustraron, y de tales libros el hombre observador puede tomar reglas para dirigir su conducta, de modo que aquellos escritores prestaron en rigor un beneficio. Yo, Jasper Trenoweth, no puedo figu-

rar entre esos hombres privilegiados; pero me aventuro a creer que mi historia no carecerá de interés, particularmente porque descorre, al menos en parte, el velo que durante algunos años ocultó un misterio del mar.

Para mejor inteligencia del lector, debo retroceder un período de medio siglo, comenzando por hacer mención del extraño e inexplicable testamento que

mi abuelo, Amós Trenoweth, de Lantrig, en el condado de Cornwall, dejó en el año de gracia de 1837. La antigua casa-granja de Lantrig, heredad y morada de los Trenoweth, en cuanto se sabe por la tradición, se halla a pocas millas al NO. de Lizard, expuesta a los vientos que soplan del Atlántico, pero preservada en parte por una barrera de tamarindos en Pend-glas, la extremidad Norte de la pequeña ensenada que en otro tiempo visitaban con mucha frecuencia los contrabandistas, y donde ahora no se ven más que las tranquilas barcas de los pescadores de Polkimbra. En aquella época llamábase Ensenada del Tráfico. Según las crónicas del país, parece que allí se solían alijar a menudo géneros de contrabando de no escaso valor, siempre a favor de la obscuridad de la noche, géneros que se trasladaban al punto a las cuevas y almacenes de Lantrig. Los más ancianos del país hablan a veces de un encuentro del lugre de mi abuelo *Orgullo del Corazón* con un barco aduanero, cuyo capitán fué muerto de un tiro. No respondo de la certeza del hecho, que tuvo mucho de misterioso, ni tampoco haría mención de él si no fuera porque puede arrojar alguna luz sobre la repentina desaparición de mi abuelo, poco tiempo después. Nadie supo adónde fué; unos dijeron que había ido a batirse contra los franceses, pero no se podía asegurar nada. A su regreso, treinta años después, casi repentino y cuando nadie esperaba ya volver a verle, habló muy poco de la guerra, y a decir verdad, de ningún otro asunto tampoco, y nadie se atrevió a hacerle la menor pregunta sobre su viaje, al verle siempre taciturno y grave. Al parecer no había regresado con mucho dinero, pero tampoco debía ser pobre. Su padre había muerto entretanto y el hijo fué reconocido como dueño de Lantrig; cuidó con mucha solicitud a su madre hasta el día de su muerte, y después casó con una hermosa joven de Mullyon, que más tarde dió a luz un hijo Ezequiel Trenoweth, mi padre.

Ya he indicado que mi abuelo había tenido una juventud borrascosa: era hombre que no temía a Dios ni al diablo; pero en su último viaje se hizo algo religioso, y las predicaciones de un metodista llamado Wilkins acabaron de convertirle. Desde entonces, y como podía esperarse de un hombre del carácter de mi abuelo, sus principios religiosos fueron exagerados; tuvo muchas preocupaciones; hizo-se supersticioso, y su carácter cambió completamente; pero sus creencias debieron ser sinceras, pues su virtuosa mujer, Felipa, participaba de ellas también. Gracias a esto, los dueños de Lantrig fueron el apoyo de Polkimbra hasta la muerte de la esposa. Después de esto, el marido se encerró en la casa, como si quisiera concentrarse en el profundo pesar que le causó tan dolorosa pérdida, y muy pocas veces se le vió desde entonces. Al fin le llegó su vez y murió el 27 de octubre de 1837, dejando por único heredero a su hijo Ezequiel, que entonces era un robusto joven de veintidós años.

Aquí debo hacer mención del testamento de mi abuelo, encontrado entre sus papeles después de su muerte; y a decir verdad, jamás se habrá escrito ningún documento tan extraño ni que pudiera inspirar tantas dudas y curiosidad, particularmente en aquel caso, porque no se necesitaba testamento alguno, puesto que no teniendo más que un hijo, éste debía ser de hecho y de derecho su único heredero. Muchas personas que le conocían opinaron que durante el tiempo de su destierro voluntario, durante aquellos largos años en que nadie supo su paradero, se habría entregado sin duda a una vida criminal, y que después los remordimientos le indujeron a encerrarse en su casa, como para imponerse una expiación. Tenían en parte razón, juzgando por la naturaleza humana, y engañábanse en parte, por ignorar el carácter de mi abuelo.

El testamento tenía la fecha del 15 de junio de 1837, y estaba concebido en los términos siguientes:

«Yo, Amós Trenoweth, de Lantrig, en la parroquia de Polkimbra y condado de Cornwall, comprendiendo en este año de gracia de 1837 que mis fuerzas físicas disminuyen y que se aproxima la hora en que deberé comparecer ante el tribunal de Dios para dar cuenta de mis muchos y graves pecados, adopto las últimas disposiciones respecto a mi persona y a mi hijo Ezequiel, así como cualesquiera descendientes que pueda haber. Lego a mi hijo la granja y casa de Lantrig, con todos los efectos mundanos que contenga, y abrigo la esperanza de que esto le bastará para vivir, no tan sólo a él, sino a sus hijos. Pero conociendo también la inestabilidad de las cosas de la tierra, y para el caso de que algún día mi hijo o sus descendientes se hallaran en apuro o en alguna tribulación por causa de pobreza, prevengo por el presente y dispongo que el cabeza de nuestra familia de Trenoweth obedezca estricta y fielmente

estas mis últimas instrucciones: Tomará pasaje a bordo del primer barco que vaya a Bombay, en la India, y una vez allí buscará la casa de Elihu Sanderson, o de sus herederos, a quienes debe presentar personalmente este testamento acompañado de la Sagrada Biblia que ahora está en el tercer cajón de mi mesa de despacho. Hecho esto, el portador se someterá escrupulosamente a las instrucciones que le comunique el citado Elihu Sanderson o sus herederos.

»También ordeno y encargo, so pena de incurrir en mi maldición, que la llave de hierro pendiente de la viga central de la sala grande no se toque ni mueva de su sitio hasta que haya regresado aquel que emprenda el citado viaje y esté ya dentro de la casa de Lantrig, después de cumplir con las antedichas instrucciones. Y además ordeno que no se intente dicha misión por ligereza, a no mediar el caso de verdadero apuro y necesidad, pues de lo contrario resultarían graves disgustos y aflicciones. Digo esto porque conozco muy bien los peligros espirituales y mundanos a que se expondrá aquel que obre contrariamente a lo que dispongo, habiéndome visto muy próximo a la muerte del cuerpo y del alma.

»Tranquilizada así mi conciencia, y libre del grave peso que me oprimía, encomiendo mi alma a Dios, ante cuyo tribunal comparecerá muy pronto el mayor de los pecadores, pero no sin esperanza de alcanzar el perdón de todas mis culpas. *Amén.*

AMÓS TRENOWETH.»

Tal era el testamento escrito en un pergamino amarillento, con letra muy desigual, poco inteligible y sin formas legales ni firmas de testigos; pero todo esto hubiera sido inútil, como ya he indicado. Bien hizo mi padre en no enseñar a nadie aquel documento y en continuar su tranquila vida de antes, administrando la granja como lo había hecho algunos años antes de morir el anciano. Mas a poco se cansó de la vida retirada que le había parecido natural imponerse, y pensó en casarse; pero pasó algún tiempo antes de que encontrara una mujer que le agradase. Al fin, cierto día, hallándose en la iglesia de Polkimbra, llamáronle la atención los negros ojos de Margarita Freetly; hizo proposiciones a la joven, y un año después contrajeron matrimonio, lo cual fué un bien para la casa de Lantrig.

Los primeros años de matrimonio debieron ser felices, a juzgar por lo que mi madre decía siempre al hablar de ellos; y sé que mi venida al mundo produjo más alegría que la que después he ocasionado a nadie. ¡Dios me lo perdone! A poco de haber cumplido yo los cuatro años, todo comenzó a cambiar de aspecto y los asuntos siguieron una marcha cada vez más desfavorable. Primeramente los dos barcos en que mi padre tenía más participación se perdieron en el mar; después declaróse en el ganado una epidemia que le redujo casi a la nada, y por último, el Banco donde mi padre tenía sus ahorros, suspendió sus pagos, quedando solamente la perspectiva de vender la casa-granja de Lantrig por falta de medios para sostenerla.

Entonces fué cuando se pensó por primera vez, según supe después por mi madre, en el testamento de Amós Trenoweth. La pobre mujer no había oído hablar antes del pergamino, y cuando supo que en él se hacía referencia a ciertos peligros para el heredero o herederos, tembló por su esposo, con tanta más razón cuanto que un hermano suyo había perecido en un naufragio, y consideraba el mar desde entonces como el más traidor y cruel enemigo. Durante dos años las lágrimas y las instancias de mi madre retrajeron a su esposo Ezequiel de separarse de su lado, mas al cabo de este tiempo, y como los asuntos empeoraban cada vez más, previéndose que los Trenoweth se verían obligados al fin a vender su casa de Lantrig, lo cual sería muy sensible, la pobreza y los deseos de mi padre prevalecieron; mayormente cuando, a juzgar por el contenido del testamento de Amós Trenoweth, presumíase que debía buscarse algún tesoro. Mi madre hubo de consentir, pues, aunque con lágrimas en los ojos, en que su esposo fuera a Bombay en busca de Elihu Sanderson, y así quedó acordado. Mi padre esperó solamente a que pasara lo más crudo del invierno, y después de confiarnos al cuidado de su tía, Isabel Loveday, de Lizard, dejándonos la mayor cantidad de dinero que pudo reunir, marchó a Plymouth una triste mañana del mes de febrero. En aquel punto debía embarcarse en el buque llamado *Ola Dorada*, para ir en busca de una supuesta herencia.

II

MARCHA DE MI PADRE EN BUSCA DEL TESORO

Mi padre se embarcó, pues, llevando el testamen-

to cosido en el forro de su chaquetón, para mayor seguridad, y una Biblia en el bolsillo. Ciertamente no se podía dar equipo más extraño para ir a caza de un tesoro.

Y entretanto, la gran llave de hierro seguía colgada de la viga, sin que nadie se atreviese a tocarla, mientras que las arañas la envolvían poco a poco en sus diáfanos tejidos, comprendiendo sin duda que en la casa de Lantrig aquel era el único sitio donde estaban libres de la escoba de mi madre.

Por esas arañas comienzan mis recuerdos, pues el que conservo de mi padre antes de emprender su expedición es un poco vago y confuso: tan sólo tengo presente que era un hombre alto, rubio, ancho de hombros, y con grandes ojos de color gris que tan pronto expresaban la severidad como el más profundo cariño y la simpatía.

Nosotros seguimos viviendo muy tranquilamente en Lantrig, y recuerdo que mi madre no se ocupaba más que en los quehaceres de la casa. Siempre triste, veíala andar silenciosa y pensativa de un lado a otro; hablaba en voz baja y con un acento armonioso que jamás olvidaré. Cuando iba a la iglesia, oraba largo tiempo por su esposo ausente.

Siempre había sido el mayor deseo de mi padre que se me enviara a la escuela, lo cual no suponía entre nosotros más que aprender a leer y escribir sin ninguna dificultad; y en su consecuencia, el primer cuidado de mi madre fué enseñarme el abecedario. No me faltaba disposición, y pronto aprendí a leer el Padre nuestro y la Doxología. Después mi madre me dió algunos libros, entre ellos la *Guerra Santa*, que era lo que yo prefería a todo lo demás.

Por entonces se recibió la primera carta de mi padre. En aquellos días, cuando aun no estaba abierto el canal de Suez, un viaje a las Indias orientales no era pequeña empresa, pues se debía doblar el Cabo de Buena Esperanza, cruzando mares donde un barco podía muy bien quedar estacionado algunas semanas si le sorprendía alguna calma. Por lo mismo no era de extrañar que se recibiese con retraso la carta de mi padre, escrita en Bombay. Las noticias eran buenas: había visto a Elihu Sanderson, hijo del Elihu citado en el testamento de mi padre, y después de mostrar el pergamino se le dieron algunas notas, las más de las cuales enviaba a casa, juntamente con un paquete sellado, cuyo sobre, escrito por el mismo Amós, decía: *Para el hijo de mi casa que, habiendo contado con todos los peligros, sea hombre resuelto.* Este paquete, según mi padre, encerraba algo muy misterioso, sobre lo cual juzgaba oportuno consultar con mi madre cuando él llegase. Añadía que, en su concepto, no era de temer peligro alguno, ni veía la menor causa de inquietud para su querida esposa, pues lo único que le restaba hacer era ir a la isla de Ceilán, donde se proponía embarcarse para regresar a Inglaterra apenas hubiese cumplido las órdenes contenidas en el paquete. Tal era la substancia de la carta, y con todo esto mezclábanse frases que expresaban el más acendrado cariño para Margarita y el *pequeño*, según me llamaban. Mi padre confiaba en que yo sería ya un verdadero escolar, muy aplicado, orgullo y consuelo de su madre. Cuando terminó la lectura de la misiva, lloramos un rato amargamente, aunque sin saber por qué, puesto que las noticias eran más bien propias para alegrarnos que para entristecernos.

Seguramente que jamás carta alguna se leyó con tanta avidez como la de mi padre, ni tampoco tantas veces. Durante varios días se me obligó a escuchar la lectura todas las noches antes de acostarme; mi tía Isabel y mi tío Loveday debieron oír también para complacer a mi madre, y al fin se comunicó el contenido a todos los vecinos de Polkimbra, pues ninguno sabía a punto fijo por qué Ezequiel había marchado a la India oriental, aunque tal vez se sospechara que su viaje tuvo por objeto mejorar de posición.

Mi madre no cabía en sí de contento; ya no la veíamos andar por la casa pensativa y con paso lento; iba de un lado a otro alegre y ligera, y yo jamás había observado tan risueña expresión en su rostro.

Después de esto, mi madre no pensó ya más que en la contestación, y bajo su dictado me encargué yo de escribirla. Una vez terminada, se leyó y corrigió, y por último escribí el sobre en la forma prevenida por mi padre: «Sr. D. Juan P. Eversleigh, de la C.^a de la India oriental. — Para entregar a Ezequiel Trenoweth. — Colombo, Ceilán.» Recuerdo que mi madre selló la carta con la sortija de cornalina que le entregó su esposo Ezequiel al pedirle su mano, y que después la llevó ella misma al correo, para lo cual mandó enganchar el caballo al carro, por primera vez desde que estábamos solos, pues la estafeta se hallaba en Penzance.

Después fué preciso esperar de nuevo, y el poco dinero que nos quedaba disminuía rápidamente; pero contábamos con el auxilio de mi tía Isabel, mujer benéfica, de noble corazón, casada hacía muchos años con el doctor Loveday, hombre muy afable, que cifraba toda su vanidad en los botones de cobre de su casaca, y que se distinguía principalmente por sus exageradas creencias religiosas, las cuales no alteraban, sin embargo, la dulzura de su carácter. Mis tíos nos visitaban casi diariamente, y rara vez venían a Lantrig sin traer algún regalito.

Las estaciones pasaban insensiblemente, y esperamos hasta el verano de 1849 (hacia ya diez y nueve meses que mi padre estaba ausente), a fines del cual recibí otra carta anunciando su próximo regreso. Había encontrado lo que buscaba, según decía, mas no le era posible comprender su valor, ni menos juzgar por sí mismo, y no se atrevía a consultar con personas extrañas ni pedir su auxilio. Sin embargo, cuando llegase a casa, decía, tal vez Jasper, siendo ya estudiante, le ayudaría, y acaso la llave de hierro serviría de algo. Por lo demás, había estado enfermo a consecuencia de una fiebre, cosa muy común en aquellas regiones; pero ya estaba mejor, y emprendería la marcha dentro de una semana o poco más, a bordo de la *Buena Fortuna*, barco de 650 toneladas, que se haría a la vela para Inglaterra con cargamento de azúcar, especias y café, componiéndose sus tripulación de nueve hombres. No le acompañaban más que uno o dos pasajeros.

La carta revelaba muchas esperanzas y cariño; de modo que mi madre, que había temblado un poco al oír lo de la fiebre, recobró su tranquilidad y su alegría. El barco debía hacerse a la vela hacia fines de octubre, o tal vez en noviembre; así que de nuevo fué preciso que nos resignásemos a nuestra tediosa espera, aunque más alegres, porque sabíamos que antes de Navidad habría cesado nuestra ansiedad y congoja.

El largo verano trajo un mes de septiembre glorioso y espléndido, y éste se esfumó en cielos grises; por entonces tocaba a su fin el tiempo de nuestra espera. Durante todo el mes, el cielo había estado límpido y sin nubes, y el mar tranquilo; pero con octubre entró un tiempo pésimo y un viento violento del SO. que en la noche del 11 de octubre se convirtió en galerna.

Durante varios días mi madre fué poniendo más y más inquieta a causa del tiempo, pero en aquella noche su inquietud no la dejaba vivir. Acuérdomme de que mientras la tormenta rugía fuera, y silbaba el huracán por las rendijas de las puertas, y el viento azotaba las ventanas, yo estaba sentado ante ella delante del hogar de la cocina y leía fragmentos de mi libro favorito *La Guerra Santa*, y ella, en las calmas de la tempestad, me los explicaba.

Tengo también presente en la memoria que aquella noche leía yo con mucho interés, por la discutible moralidad del capitán Credencio, el cual era mi héroe favorito y compartía este honor con el general Boanerge, aunque excitando más simpatía a causa de su herida: que tan mal entendía yo la alegoría de aquella obra, o más bien, ninguna alegoría veía en ella.

Así, pues, mi madre me lo explicaba; aunque pobremente, mientras me hablaba estaba petrificada de terror, pensando en que tal vez en aquellos momentos perecía su esposo, víctima de aquella furiosa tempestad.

Después, cuando me hubo explicado el significado de la fábula, comenzamos a hablar de la venida de mi padre, procurando vanamente calmar los temores que nos hacía concebir la tempestad, y convirtiéndome en que su barco no podía aún estar cercano, sino que estaría detenido por alguna calma en la costa occidental de África; hasta que por fin (Dios nos perdone) llegamos a reinos de la ansiedad que sentiría por estar de vuelta en su patria, mientras que la tempestad rugía en las mismas puertas de Lantrig. Después me refirió historias maravillosas de las Indias Orientales, y yo me hacía interiormente preguntas sobre si mi padre me traería algunas de ellas, hasta que me quedé dormido.

No sé cuánto duró mi sueño, pero el resplandor de una bujía me despertó, y a su luz vi a mi madre, en ropas menores, de pie junto a mi cama, y con una expresión de doloroso espanto en sus ojos.

— ¡Jasper, Jasper, despiértate y oye!

Supongo que debía estar yo medio dormido, y que la miraría dudosamente, sin saber si aquella visión era real o parte de mis sueños.

— Jasper, por amor de Dios, despiértate.

Al oír estas palabras llenas de mortal terror, vencí mi pereza y me senté bien despierto en el lecho mirando con asombro la extraña aparición. Mi madre estaba pálida como una muerta y temblaba tanto

que la palmatoria que en su mano sostenía bailaba de un lado a otro arrojando fantásticas sombras sobre la pared.

— ¡Oh, Jasper, escucha, escucha!

Yo escuché, pero no oí nada, fuera del rugido del mar y el golpear de la lluvia contra mi ventana, y sobre todo esto la voz de la tormenta: ora como el quejido de un ser doliente, ora como un furioso bramido, mientras toda la casa, desde la chimenea a los cimientos, temblaba; ora como la angustia de un millón de almas torturadas cuyos sollozos y suspiros volasen en alas del huracán.

— Madre, sólo oigo la tormenta.

— ¡Sólo la tormenta! Oh, Jasper, ¿estás seguro de que sólo oyes la tormenta?

— Nada más, madre, aunque terrible.

Pareció serenarse un poco, pero aun temblaba horriblemente y contenía la respiración a cada nuevo rumor. La tempestad había arrojado y descargaba su furia como si hubiese llegado ya el día del Juicio y fuese a derrumbarse el mundo. Durante unos segundos, ambos escuchamos inmóviles, pero sólo percibimos los furiosos elementos; y en verdad parecía imposible que en tal tumulto pudiese oírse cualquier otro ruido. Por fin volvíme hacia mi madre y dije:

— Querida madre, no hay más que la tempestad. Estaba usted pensando en el padre y eso la puso nerviosa. Váyase a la cama, que aquí hace mucho frío, y procure dormirse. ¿Qué ha creído usted oír?

— Amado Jasper, eres un buen hijo y supongo que tienes razón y que no oyes nada, pues yo misma ya no lo oigo. ¡Pero, oh Jasper!, era tan terrible, y me pareció oírlo tan claramente; aunque me atrevería a decir que sólo era... ¡Dios mío, otra vez, escucha, escucha!

Entonces lo oí: clara e inconfundiblemente, y al oírlo sentí que se me helaba la sangre en las venas. Agudo y claro dominando el bramido de la tempestad, que en aquel instante se había mitigado algo, se levantó un alarido prolongado, o mejor, desgañante, como de muchas voces humanas que se alzaban en apasionada súplica implorando al cielo, y que se extinguieron en desespero sollozante y estremecedor cuando el vendaval rugió de nuevo con la insultante risa de todos los demonios del averno: un grito sin semejanza en la tierra, aunque verdadera y tremendamente humano; un grito que aun ahora retiene en mis oídos y que continuará retiniéndome siempre.

Salté de la cama, abrí la ventana y miré. El viento me arrojó al rostro un ramalazo de lluvia y espuma. Miré y escuché; pero ni se veía ni se oía nada: ni luces azules, ni de ninguna clase; ni cañonazos, ni señal de peligro: nada más que el bramido del viento proveniente del mar, el estruendo de las olas en la playa; y, en todo el rededor, tinieblas y noche impenetrable.

Cuando quise cerrar, tuve que luchar contra el viento, que me arrancaba de la mano la hoja de la ventana. Me volví para mirar a mi madre: había caído de rodillas junto a la cama, tendiendo los brazos extendidos sobre ésta, muda e inmóvil de tal modo que de pronto me temí hubiese muerto. No pude hacer otra cosa que llamarla y levantar su caída cabeza, y como yo sólo tenía entonces ocho años y no había visto a nadie desmayado es natural que un ataque tan parecido a la muerte me espantase. No puedo precisar tampoco cuánto duró el desmayo de mi madre; sólo me acuerdo de que me alegré mucho cuando la vi volver en sí y mirarme con asombrados ojos que se llenaron en seguida de terror, en cuanto recobró la memoria.

— Oh, Jasper, ¿qué será eso?

¡Ay! Yo no lo sabía, y, sin embargo, parecía conocerlo bien. El grito sonaba aún en mis oídos y repercutía en mi corazón, aunque un obscuro deseo me hacía esperar que sólo habría sido un sueño.

— Jasper, dime, no puede ser que...

Detúvose cuando se encontraron nuestras miradas, y la terrible sospecha tomó cuerpo en nuestro interior, ateriéndonos, helándonos, paralizándonos. Procuré responder, pero volví a un lado la cabeza. Mi madre cayó una vez más de rodillas, llorando, rogando, desesperándose, ululando, mientras que fuera la tempestad continuaba su furor.

III

LA PLAYA DE POLKIMBRA

Al fin llegó el día, y con el primer rayo de luz la tempestad fué cediendo. Mi madre se había tranquilizado poco a poco, y ahora dormía sosegadamente en su lecho, agobiada sin duda por sus terrores de la noche.

Hacia largo tiempo que yo me había vestido; pero

aunque hubiese querido dormir, me habría sido imposible, pues mi curiosidad por saber la significación del lúgubre grito que oímos se sobreponía a todo. En su consecuencia, apenas observé que mi madre dormía, cogí los zapatos y bajé la escalera descalzo a fin de no hacer el menor ruido. La cocina me pareció tan triste a la luz del alba, que estuve a punto de no salir y volver a mi cuarto; pero quise echármela de hombre, aunque sólo fuese para consolar a mi madre cuando volviera.

Haciendo de tripas corazón, descorrí el cerrojo, más áspero y ruidoso que nunca en aquel momento, a pesar de mi cuidado, y salí fuera. La fuerte brisa que refrescó mis mejillas al sentarme en el umbral de la puerta para ponerme los zapatos, me hizo pensar en la realidad de cada día, realidad que parecía desmentir los sucesos de la noche anterior; y así es que, con esa volubilidad propia de los muchachos, pronto olvidé todo temor de descender por la roca que conducía a la ensenada del Tráfico.

Antes de seguir más adelante, será necesario describir en breves palabras la parte de la costa que fué teatro de mi historia.

Lantrig, como ya he dicho, domina dicha ensenada desde la cumbre de Pedn glas, su brazo Norte; la ensenada, bastante estrecha, se corre entre dos paredes rugosas formadas de esa roca llamada serpentina, y desemboca en una pequeña playa de blanquísimas arenas, sobre la cual elevase una roca muy alta, casi perpendicular. Fácil es comprender cuánto valía esta posición a los ojos de los contrabandistas, pues no solamente es difícil ver la ensenada desde el mar, a causa de su estrechez y de hallarse protegida por las escarpadas lenguas de tierra que a uno y otro lado de ella se proyectan, sino que la altura de sus ásperas rocas la aíslan hasta cierto punto por la parte de tierra. Pedn glas se eleva mucho sobre el mar por el Norte, y forma después una pendiente, pero dejando tan sólo un estrecho paso; mientras que por el Sud resguarda la ensenada una curiosa mole de roca que exige más detenida descripción.

Esta roca se corre hasta cierta distancia, pero queda cortada de pronto, como si la hubiera dividido alguna poderosa convulsión del terreno, dejando una especie de columna enlazada con el cuerpo principal por un istmo que se eleva a seis o siete pies sobre la línea más alta de las aguas. Esta mole aislada era conocida con el nombre de «Roca del Hombre muerto», nombre lúgubre y terrorífico, aunque inocente en su origen (1); y bajo la prolongación que la unía con el cuerpo principal corriase una especie de túnel, que cuando las aguas estaban bajas conducía a la playa de Polkimbra.

En la extremidad de esta última hallábase el pueblo; de modo que, situándose en la entrada del curioso arco, divisábase aquél muy bien, con sus muelles de color purpúreo más allá, y como encerrado entre paredes de brillante serpentina. La roca está siempre bañada por el mar, excepto durante las mareas bajas de la primavera, si bien las aguas no llegan nunca a Pend-glas; su color es principalmente negro, como la noche; pero presenta unas manchas rojizas que parecen de sangre; y aunque se puede escalar, pues yo mismo lo hice más de una vez en busca de nidos, no se ve en ella la menor señal de vegetación, como no sea en la cima, donde crecen algunos espárragos silvestres, entre un poco de yerba muy escasa.

Cuando hube franqueado la ensenada, los albores de la aurora iluminaban ya el cielo; más allá de las rocas, el sol festoneaba con una línea de oro algunas nubes lejanas; mientras que el mar murmuraba aún bajo la pálida luz amarillenta, así como un niño solloza a intervalos después de haberse enjugado su llanto. Era la hora del reflujo, y soplaban una fresca brisa cuando llegué al espacio en que proyectaba su sombra la «Roca del Hombre muerto», desde donde podía ver, a través del arco, las arenas de Polkimbra.

Aquel sitio estaba completamente solitario; la prolongada extensión de la playa comenzaba a brillar ya bajo los rayos del sol, y en todo el espacio que mi vista podía alcanzar no divisé ni un ser humano. Entonces me dirigí hacia el lado Sud de la roca para ver mejor el mar, en cuya orilla podría haber algún resto de naufragio que me explicase el misterio de la noche anterior.

Al pronto no vi nada; mas a los pocos instantes llamóme la atención un objeto muy cerca del agua, y a poco reconocí que era un gorro de marinero.

(1) En otro tiempo, aquella mole se llamó *Doñmen* (promontorio pedregoso); mas, por corrupción, alteróse este nombre, y al fin se convirtió en *Dead man*, que significa hombre muerto.

(Se continuará.)

MARRUECOS. - LA ACCIÓN ESPAÑOLA EN EL RIF. (De fotografías de Lázaro.)



Oficiales de la Policía indígena visitando la Escuela indígena del Zoco El Had, en donde examinaron a los moricos de Geografía, Gramática y de algunos principios militares

Si difícil es para una nación civilizada la conquista de territorios a los cuales no han llegado todavía los beneficios de la civilización y del progreso, no lo es menos la misión de ir implantando estos beneficios en ellos, una vez conquistados.

Para lo primero hay que sacrificar muchas vidas, pues los pueblos que ven amenazada su existencia o, por lo menos, su independencia, se oponen con todas sus fuerzas al avance del invasor y, protegidos por las mismas condiciones naturales del suelo, suplen con esta ventaja las deficiencias de armamentos y de organización.

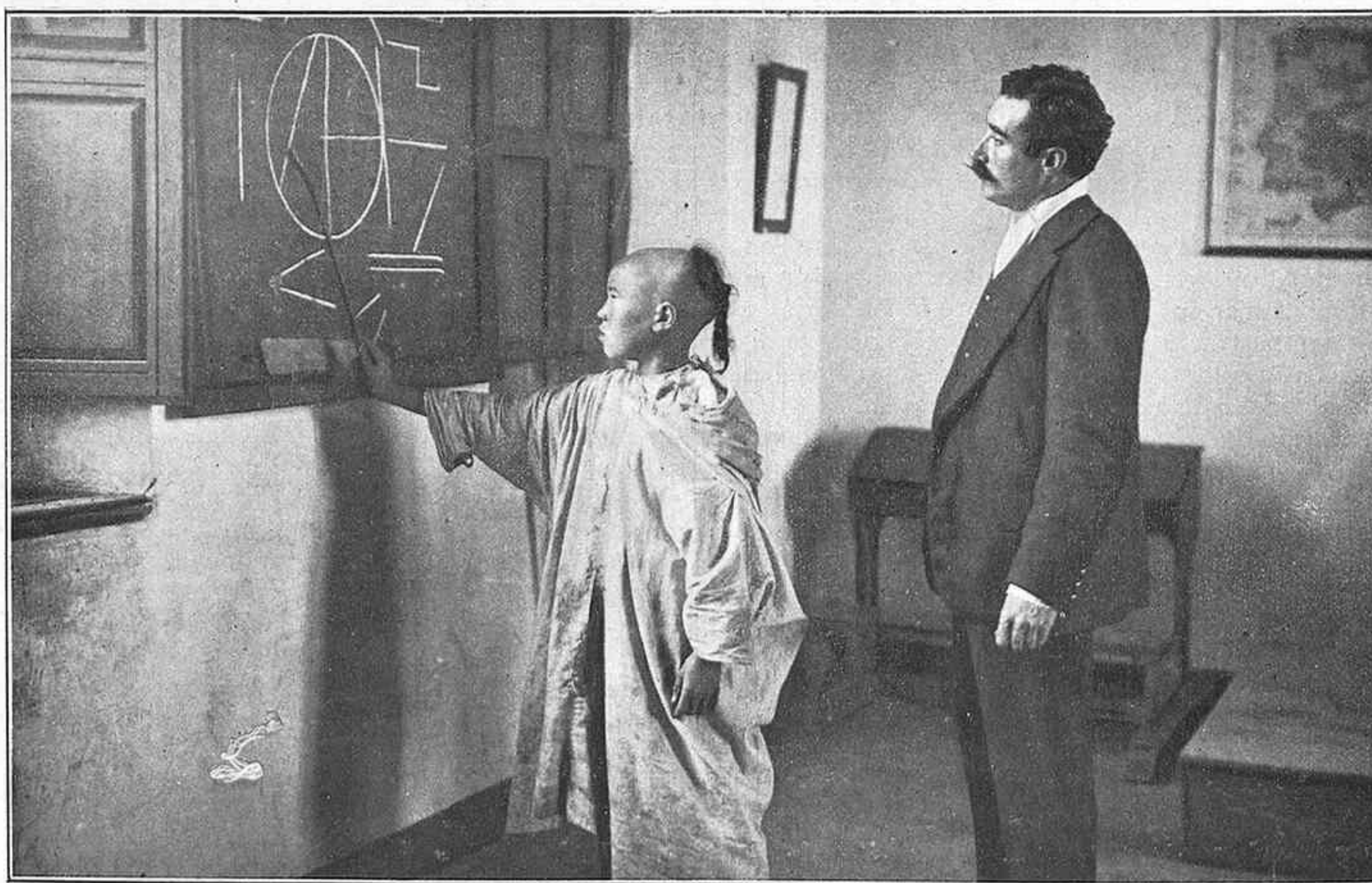
Para la segunda, es menester luchar contra la hostilidad de los vencidos, contra sus prevenciones hacia el vencedor y contra sus tradiciones y supersticiones, que los hacen refractarios a toda innovación contraria a su modo de ser o de pensar.

Sin embargo, hoy no se concibe obra ninguna de conquista que no vaya seguida inmediatamente de una acción civilizadora; y si ésta es bien conducida, téngase por seguro que al fin acabará por imponerse y que los mismos que la rechazaron en un principio, poco a poco irán aceptándola resignados, y antes de que transcurra mucho tiempo, la resigna-

ción se convertirá en entusiasmo. Porque aun los pueblos menos cultos, los más aferrados a sus costumbres primitivas, a la larga comprenden, puesto que prácticamente los tocan, los beneficios de aquella acción civilizadora que les permiten explotar mejor sus tierras o sus industrias, obtener de ellas mayores ganancias y rodearse de comodidades antes desconocidas y a las que no tardan en habituarse.

Así lo ha comprendido España al cumplir su histórica misión en Marruecos. Las armas le han conquistado nuevos territorios; pero su obra principal la está realizando por medios pacíficos, fomentando nuevas explotaciones que aumentan considerablemente la riqueza del país, construyendo obras públicas que proporcionan trabajo y facilitan el tráfico, y abriendo escuelas en donde se instruyen y educan los niños indígenas.

Modelo de estas escuelas es la creada en el zoco El Had, en la zona de Melilla, y en la cual nos hemos ocupado en diversas ocasiones. Recientemente se han efectuado en ella los exámenes anuales, y los admirables resultados obtenidos constituyen la mejor



Niño moro dando su lección de Geometría a presencia del profesor de la Escuela indígena del Zoco El Had D. Juan Pérez Puente

alabanza para los fundadores de aquel centro de enseñanza y para el profesorado que al frente del mismo se encuentra.



Grupo de niños de la cabila de Beni Sicar que acuden diariamente a la Escuela indígena del Zoco El Had

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES O EDITORES

OBRAS COMPLETAS DE D. JUAN VALERA. — Se ha publicado el tomo XXXVIII de esta interesante colección que con tanto éxito se edita en Madrid. Bajo el epígrafe general de «Historia y Política (1869-1887)», comprende este volumen los notables trabajos *Revista política interior, La Revolución y la libertad religiosa en España e Historia de la civilización ibérica*, acerca de cuya valía nada hemos de decir, porque su mejor alabanza está en el nombre de su autor, el ilustre polígrafo, gloria de las letras españolas contemporáneas. Un tomo de 306 páginas; precio, 2 pesetas.

LA CASA DE ZAPORTA O DE LA INFANTA. Discursos leídos en la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, provincial de Zaragoza, en la recepción académica de D. Lus de la Figuera Lezcano. — El discurso del Sr. de la Figuera es una minuciosa y completa descripción

de la llamada Casa de Zaporta o de la Infanta, en la que pueden apreciarse todas las grandes bellezas arquitectónicas y escultóricas que atesoraba aquel famoso edificio derribado hace algunos años. El de contestación, de D. Hilarión Gimeno y Fernández Vizarra, es una interesante disquisición histórica sobre lo que fué y significó la Casa de Zaporta y de las principales personalidades e instituciones que en ella habitaron. Un folleto de 40 páginas, con algunos fotografías, impreso en Zaragoza en la tipografía La Editorial; precio, una peseta.

LA FOTOGRAFÍA. MANUAL PARA AFICIONADOS, por el doctor Juan Muffone. Traducción de Miguel Domenge Mir. — El autor de esta obra, fotógrafo consumado y al mismo tiempo escritor de gran mérito, ha conseguido reunir en ella juntamente con la explicación concienzuda y detallada de los procedimientos fotográficos modernos, el sentimiento estético del arte y de su ejercicio. En el libro encontrará el lector cuantos datos puedan convenirle para vencer con seguridad las dificultades de la práctica fotográfica, al propio tiempo que le sugerirá nuevos puntos de vista para la elección artística de los temas. La amenidad del texto, que hace su lectura agradable, disimula entre anécdotas y bellezas literarias el sinnúmero de fórmulas que en él se contienen, y la abundancia de grabados, en su mayoría reproducción de paisajes y de fotografías de arte, hacen de él el libro más apropiado no sólo para uso de los aficionados a quienes se dedica, sino también para instrucción y recreo de la juventud en general. La obra del doctor Muffone ha sido premiada en la Exposición Internacional de Fotografía de Florencia y la segunda edición de la misma, que es la que nos ocupa, ha sido enriquecida por su autor con multitud de adiciones que la ponen al nivel de los últimos adelantos. Un tomo de 460 páginas con 158 figuras y 100 reproducciones de fotografías artísticas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 6 pesetas en tela inglesa con artística plancha en colores.



Una devota del
PETRÓLEO GAL

RIQUEZ. (MEMORIAS DE UN VIEJO VERDE), por Carlos María Ocantos. — Formando parte de la serie de «Novelas argentinas», ha publicado el celebrado escritor Sr. Ocantos recientemente la titulada *Riquez*. (*Memorias de un viejo verde*). Es esta novela digna de sus compañeras de colección, entre las cuales figuran algunas tan hermosas como *Don Perfecto* y *Misia Jeromita*, publicadas en la BIBLIOTECA UNIVERSAL y en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA respectivamente. Admíranse en ella, aparte del color local que, como es lógico, domina el señor Ocantos, un estudio profundo de la psicología de los numerosos personajes que en la novela intervienen; una acción interesantísima y hábilmente desarrollada, y un conocimiento perfecto de los recursos de la mejor ley que permiten al novelista no sólo despertar desde los primeros capítulos la atención del lector, sino también avivarla gradualmente hasta llegar al desenlace de la obra, sin dejar que decaiga ni un solo momento. Todas estas excelencias de fondo están avaloradas por un estilo castizo, elegante, que se manifiesta ora en diálogos fáciles, naturales y muchos de ellos chispeantes, ora en descripciones pintorescas verdaderamente cautivadoras. Un tomo de 478 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Valentín Tordesillas; precio, 3 pesetas, 50 céntimos.



La guerra europea. - Pontoneros ingleses construyendo un puente de troncos para atravesar un río. (De fotografía de R. Parrondo.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

CÁMARA DE COMERCIO Y DE NAVEGACIÓN DE BARCELONA. MEMORIA COMERCIAL DEL AÑO 1913. - Es imposible en una nota como las que en esta sección publicamos dar ni siquiera idea del contenido de esta Memoria que, en cumplimiento del Reglamento de 29 de diciembre de 1911, envía la Cámara de Comercio y Navegación de Barcelona a la Dirección general de Comercio, Industria y Trabajo. Nos limitaremos, pues, a dar el índice de sus capítulos que comprenden las materias siguientes: Barcelona marítima; Transportes terrestres; Entradas y salidas de mercancías; Precios al por mayor de las primeras materias y principales artículos de consumo en el mercado de Barcelona; Producción agrícola; Constitución, prórroga, modificación y disolución de Compañías mercantiles; Vida financiera; Movimiento social (ahorro, previsión, huelgas, emigración); Servicio postal, telegráfico y telefónico; y Resumen de las principales empresas y casas comerciales existentes en la circunscripción de la Cámara en 31 de diciembre de 1913. Cada uno de estos capítulos contiene datos estadísticos y estados completísimos, formando en conjunto un trabajo tan notable que bien puede señalarse como modelo en su género, constituyendo un timbre de gloria para la entidad que lo ha publicado. Un tomo de 384 páginas, im-

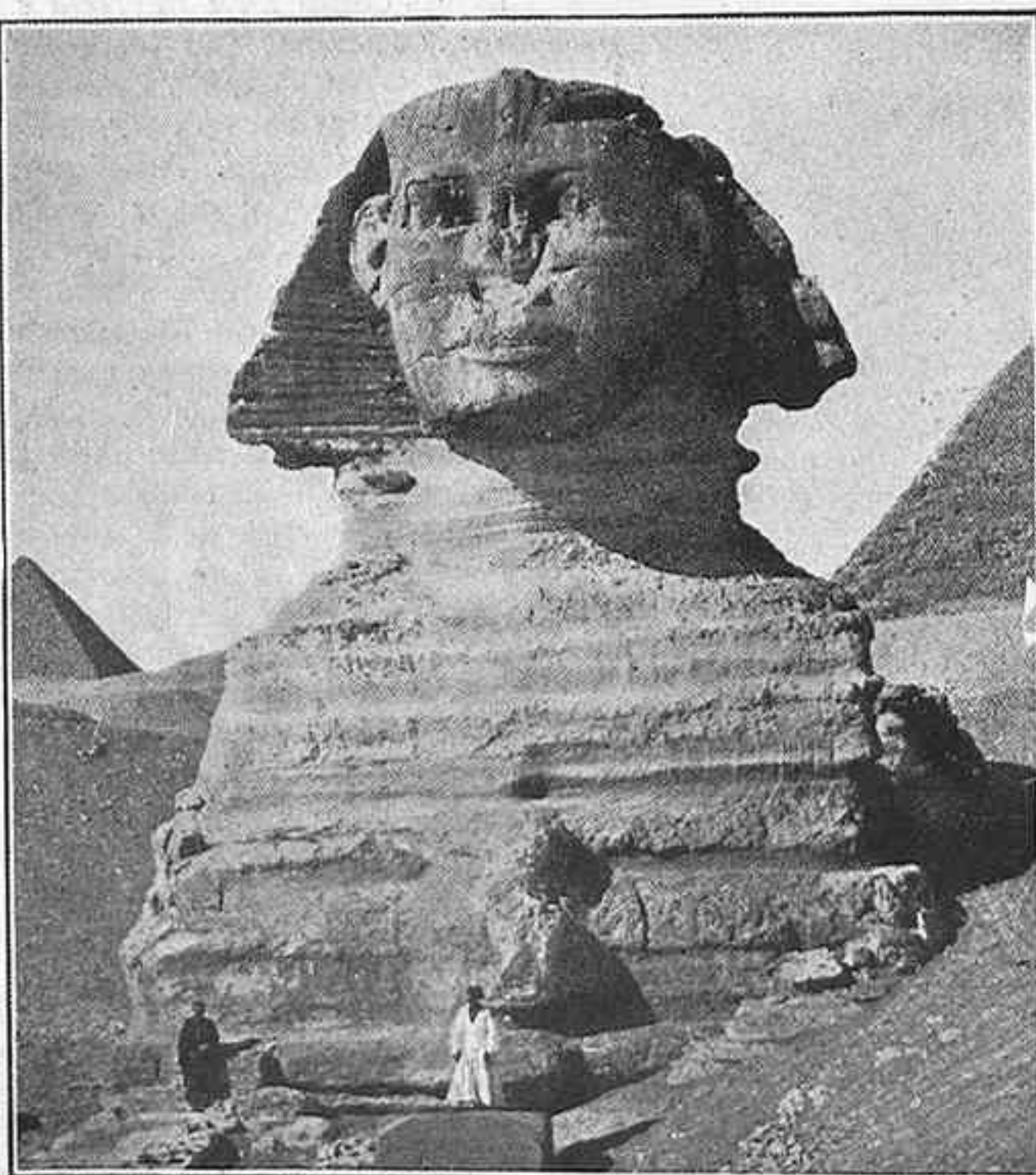
preso en Barcelona en los Talleres de Artes Gráficas Henrich y C.^a

ELS DEURES DELS HOMES, por *Silvio Péllico*, traducción catalana de *J. Cases-Carbó*. - Trátase de una obra que goza de fama reconocida y, por consiguiente, huelga todo elogio. El libro de Silvio Péllico es un excelente tratado de moral en el que las más hermosas enseñanzas están expuestas en forma sencilla y amena, y en el que los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes aparecen definidos y explicados, no con argumentos ingeniosos ni con observaciones profundas, sino con razones sacadas de la misma naturaleza y de la conciencia humana. La traducción catalana de esta obra es correctísima y conserva todo el encanto del original. Un tomo de 126 páginas, que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç», que con tanto éxito se publica en Barcelona; precio, 50 céntimos.

HISTORIAS, LEYENDAS Y TRADICIONES DE CARTAGENA (República de Colombia), por el *Dr. Arcos (Camilo S. Delgado)*, Correspondiente de la Academia Nacional de Historia. - Las narraciones contenidas en los cuatro tomos de que se compone esta obra son todas interesantes y responden perfectamente al carácter que a la misma ha querido dar su autor. En ellas se evocan los pasados tiempos de la famosa *Cartage-*

na de Indias, fundada por Pedro de Heredia en 1533, y que tanta importancia alcanzó en la época de la dominación española, constituyendo en su conjunto una obra instructiva y a la vez de lectura aménisima por la forma novelesca y por el estilo fácil y fluido en que está escrita. Cuatro tomos impresos en Cartagena, en la imprenta «Mogollón».

LA POLÍTICA ALEMANA, por el *príncipe Bernardo de Bülow*. - El nombre del eminente autor, que desde 1907 a 1909 fué el director de la política alemana, consejero y confidente del emperador Guillermo II, y el título del libro, constituyen la mejor recomendación de esta obra. Y si a esto se añade la circunstancia de haber sido escrito pocos meses antes de la guerra y que preferentemente, en la primera parte, trata esta obra de las relaciones de Alemania con Inglaterra, Francia, Rusia, Austria-Hungría, Italia, Turquía, el Japón y los Estados Unidos, el interés que despierta es grandísimo. *La política alemana* está escrita con criterio tan amplio y con tal sinceridad, que han tenido que elogiarla los ingleses y los franceses mismos, y no es una obra de propaganda patriótica, sino un juicio justo, imparcial, claro y a veces severo de la política de aquel imperio, sobre todo en lo que se refiere a la política interior. Un tomo de 348 páginas editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en tela con planchas en oro y colores.



EGIPTO. - LA GRAN ESFINGE DE GIZÉH

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra Casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se compone de los tomos siguientes, que se venden juntos o separados a pagar a plazos mensuales:

HISTORIA DE LA PINTURA Y ESCULTURA. - En todas las épocas y escuelas, con noticias biográficas de los artistas más ilustres. - Un tomo con 1.157 grabados intercalados en el texto y 49 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías. Se vende a setenta y cinco pesetas, lujosamente encuadernado.

HISTORIA GENERAL DEL TRAJE. - Forma dos tomos, que constan de 300 páginas de texto y de 240 bellísimas cromolitografías dibujadas por el celebrado artista Federico Hottenaoth. Se venden, artísticamente encuadernados, al precio de ciento quince pesetas.

HISTORIA DEL MUEBLE, TEJIDO, BORDADO Y TAPIZ, METALISTERÍA, CERÁMICA Y VIDRIOS. - Esta interesante parte de nuestro libro, lo mismo que las anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados, que representan los mejores tipos de los muebles, tejidos, bordados y tapices, objetos de metal, de loza y porcelana. Se vende encuadernada al precio de setenta pesetas.

LA ORNAMENTACION. - Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diferentes evoluciones a través de los principales estilos, ilustrado con 115 láminas tiradas aparte y variedad de grabados intercalados en el texto. Se vende encuadernado al precio de setenta pesetas.

HISTORIA DE LA ARQUITECTURA. - Tres tomos profusamente ilustrados con grabados intercalados y láminas sueltas en negro y colores. Se vende, artísticamente encuadernada, al precio de ciento sesenta pesetas. - Los pedidos a los editores de la obra, Sres. Montaner y Simón, Barcelona.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN